JUAN BASTERRA

DE PASIÓN Y DE GUERRA

Los amores del caudillo Francisco Ramírez

CON PRÓLOGO DE MEMPO GIARDINELLI

BÄRENHAUS

JUAN
BASTERRA

DE PASIÓN Y DE GUERRA

Los amores del caudillo
Francisco Ramírez

BÄRENHAUS

Basterra, Juan
De pasión y de guerra / Juan Basterra. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Bärenhaus, 2022.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8449-35-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. I. Título.
CDD A863

© 2022, Juan Basterra

Corrección de textos: Mónica Costa

Diseño de cubierta e interior: Departamento de arte de Editorial Bärenhaus S.R.L.
Todos los derechos reservados

© 2022, Editorial Bärenhaus S.R.L.
Publicado bajo el sello Bärenhaus
Quevedo 4014 (C1419BZL) C.A.B.A.
www.editorialbarenhaus.com

ISBN 978-987-8449-35-7

1º edición: diciembre de 2022
1º edición digital: noviembre de 2022

Conversión a formato digital: Libresque

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su

infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Sobre este libro

De pasión y de guerra es una novela que tiene dos escenarios principales: por un lado, la violencia en aquellos convulsionados años de comienzos del siglo XIX, con períodos de batallas, disputas de poder y, sobre todo, con ejecuciones y escarmientos (la exhibición de la cabeza del mismo Francisco Ramírez en una jaula de hierro es un ejemplo estremecedor de esto); y por el otro, el amor que signa la vida del caudillo —también conocido como "El Supremo Entrerriano"—, dividido entre dos mujeres fascinantes y contrapuestas: Norberta Calvento, su prometida, que nunca dejó de amarlo, y que murió en la vejez amortajada —según la leyenda— con aquel mismo vestido de novia cosido en vano para su casamiento; y "La Delfina", brasileña, coronela guerrera y acompañante de Ramírez hasta su trágica y apoteósica ejecución.

Existen innumerables relatos de amor en épocas de guerra, pero muy pocos transmiten la verdadera pasión romántica del modo en que lo hace esta historia. Como bien escribe Mempo Giardinelli en su prólogo: *Juan Basterra logra que el tiempo corra en paralelo a vidas y pasiones, pero como en otro ritmo, uno que parece más vertiginoso aunque se va demorando, todo pasión, hacia un final sofisticado y poético.*

Sobre Juan Basterra

Juan Basterra nació en La Plata, Buenos Aires, el 27 de junio de 1959, chaqueño por adopción. Es profesor de Biología. Publicó *Tata Dios* (2018), *El amor y la peste* (2019) y *La cruz y la espada* (2021), novelas históricas que se convirtieron en muy poco tiempo en éxitos literarios. Todas editadas por Bärenhaus.

Su novela *La cabeza de Ramírez* fue seleccionada para la *Antología bilingüe español-inglés 12 narradores argentinos 2016-2017*, editada por el Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Vivió en París y Barcelona. Actualmente reside en Resistencia, Chaco.

Índice

Cubierta
Portada
Créditos
Sobre este libro
Sobre Juan Basterra
Prólogo
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX

XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI

PRÓLOGO

"Unas pocas palabras para saludar la novela de Juan Basterra".

Por Mempo Giardinelli

Hace unos pocos años, la primera versión de esta novela —con el título *La cabeza de Ramírez*— fue una grata sorpresa para mí. Ratifiqué entonces diversas sensaciones que ya me había producido este peculiar autor chaqueño con su anterior e impactante *Tata Dios*. Y sorpresa en cierto modo feroz, diría también, porque Basterra escribe novelas sangrientas y pasionales, en las que revisita y embellece, hasta los difusos límites de lo posible, el amor y las guerras que delinearon el desesperante siglo XIX de la mesopotamia argentina.

En esas tierras vuelve a brillar ahora su escritura, por la sencilla y fantástica razón de que más allá de biografías y recuperaciones históricas Basterra logra, ardoroso como sus narraciones, dibujar textualmente la figura del famoso caudillo Francisco Ramírez, llamado "El Supremo Entrerriano" y personaje clave y siempre joven (murió en 1821 a los 35 años de edad), quien todavía hoy llama la atención en la Historia Argentina como lo que sin dudas fue: uno de los más ardorosos protagonistas del infernal siglo XIX en nuestro suelo.

Como desencajado de su vida militar, y enmarcado ahora en contextos pasionales, sí que también amorosos, el impresionante Ramírez de esta novela está vivo en sus dos amores ficcionalizados: Norberta, su prometida, que murió ya anciana y amortajada con el traje de novia que nunca pudo usar; y "La Delfina", su amante brasileña, compañera codo a codo en muchas de sus guerras.

Igual que en sus otras novelas, Juan Basterra logra que el tiempo corra en paralelo a vidas y pasiones, pero como en otro ritmo, uno que parece más vertiginoso aunque se va demorando, todo pasión, hacia un final sofisticado y poético.

Resistencia, agosto 2022.

I

La tarde del 22 de noviembre de 1880, en Concepción del Uruguay, Norberta Calvento tuvo una visión. Estaba acostada con los ojos cerrados en la vieja cama de bronce que había pertenecido a sus padres. La siesta había sido trabajosa, sin sueños que la abreviasen ni previsiones en que pensar. El peso de sus noventa años, le pareció, era más apremiante que nunca. Un dolor de cabeza persistente la hacía volverse a cada momento a una de las dos paredes laterales de la habitación, tapizadas con un viejo papel en el que estaban representadas entretejidas vides. De la calle llegaban los gritos de algunos niños. El olor persistente de las begonias inundaba la pieza. Abrió los ojos. Las débiles cataratas que comenzaban a velar las imágenes del mundo, no le impidieron ver una vieja iglesia, que no le recordaba ninguna de las conocidas. El sol del mediodía castigaba la columnata dórica que servía de antepalco al atrio. Una marea de personas endomingadas, entre las cuales le pareció reconocer a su padre, rodeaba a una joven vestida de novia. Era ella misma, estaba casi segura. No podía divisar, a pesar de todos sus esfuerzos, la figura del caudillo Francisco Ramírez.

Se reincorporó. El dolor era más intenso ahora. Bajó trabajosamente de la cama y se dirigió a la pieza vecina. Abrió el viejo ropero. Del fondo del último cajón sacó una de las prendas de su ajuar. Era un vestido blanco confeccionado

con tela de brocado persa. Tuvo un vahído. “No veré la próxima mañana”, pensó. De la calle llegaba un ruido estridente. Trató de identificarlo y no pudo. Fue en ese momento que se derrumbó.

Dos horas después abrió los ojos. No reconoció a ninguno de los extraños —un sobrino, el médico y la criada— que rodeaban la cama.

—Déjenme sola —alcanzó a decir, antes de que entrara un hombre de altos ornamentos y mirada afable. Era su cura confesor.

—Norberta —el religioso depositó los santos óleos sobre la mesa de luz—, hace mucho tiempo que no te vemos por la parroquia. Mañana debes acompañarme. Se te extraña.

Norberta no contestó. Miraba la última luz del día entrar por la ventana. Un momento después escuchó unas palabras que, no podía saber, estaban dirigidas a ella misma. La voz del cura decía:

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén.

No volvió a abrir los ojos. El mundo estaba ya totalmente desvinculado de su conciencia. Ningún recuerdo, ninguna alarma, podrían volver a perturbar su descanso. Sobre su frente, y en la proximidad del santo óleo, pusieron perfume de violetas; en sus manos, un ramo de claveles.

Nunca más —sus rasgos reposados no decían otra cosa—, volvería a ser herida.

II

Un día después de su muerte, Norberta fue depositada en el panteón familiar. Los vestidos, las libretas de escritos, los libros, las acuarelas pintadas de niña, todos aquellos objetos que resumían la cifra de una vida, fueron mantenidos inalterados muchos años. Las cartas del caudillo habían sido rotas por la misma Norberta en un verano tórrido y monótono; de ellas solo quedaba la incandescencia de los deseos aniquilados en los rincones de la habitación y en el escritorio noble de madera de cedro. El antiguo sillón de las lecturas y la espera no volvería a ser usado nunca más. La ventana que daba a la calle, y por donde se filtraba la luz de las mañanas y las tardes, dotaba a todo el conjunto de un manierismo de las formas que estaba en perfecta armonía con los objetos familiares. Sobre el último de los estantes de la biblioteca, un anillo de plata y oro reposaba inalterado.

III

Las cuencas vaciadas de los ojos recibían la luz perpetua y siempre renovada de los cirios. Por debajo del pelo broncíneo, y a pocos centímetros del tajo por el que se le había escapado la vida, la boca eternizaba una media sonrisa y un desdén aristocratizante. Faltaban, por supuesto, los dormanes de alamares dorados que habían hermoseado su rostro cuando, como general, hizo historia en Entre Ríos. Los afanes y las desilusiones que habían gobernado su vida estaban a una distancia que ningún alazán podría agotar. No valían las prebendas ni la compasión. La partida estaba perdida.

Sola entre medio de los barrotes, la cabeza de Francisco Ramírez miraba muda la soberbia arcada que acrecía la dignidad de la galería inferior del cabildo de Santa Fe y el tránsito cada vez más espaciado de los visitantes que la miraban como a una vieja reliquia. La habían embalsamado con alcanfor, alcohol y miel. Fue barnizada con bálsamo y acacia después de haber sido trepanada y lavada con cocimiento de acíbar, coloquíntida y lejía. Ya no estaban aquellos ojos zarcos que le habían valido el amor de las mujeres y el respeto reverencial de sus hombres y de sus enemigos. Las cuencas vacías ausentaban aquella mirada que hiciera de él temor del gauchaje y alarido febril en los avances de sus montoneras.

Algunos meses antes había vaticinado su fin en una carta

enviada a Estanislao López, hasta hace muy poco su aliado y amigo, y, ahora, el martillo que fraguaría su muerte en el yunque de la traición:

Brigadier: no he de recordarle a Usted todo el bien que su amistad me ha regalado estos años. Años difíciles, por supuesto, pero que por una ventura de aquellas con las que nos premia la vida, me han deparado el enorme goce de su palabra, de su pensamiento y, lo que es más importante, el apronte que, a las balas enemigas, en todo momento y circunstancia, ha realizado su pecho. No crea que olvido los favores recibidos. Aprendí de muy pequeño la gratitud y a ella me he entregado en cuerpo y alma, así fuese dirigida hacia aquellos que meses después de haberme hecho sentir las mieles de los afectos, me han traicionado con la hiel de la villanía.

Usted está, por supuesto, en un sitial diferente al que ocupan los traidores. Sus ideales, que constituyen todo lo más caro de nuestras aspiraciones, y el objeto al que abrazamos nuestra causa, son los míos. A ellos es a los que sacrifico mi salud, y, lo sé muy bien, en un momento futuro, mi vida. No trate de disuadirme de tan terrible pensamiento. Sé que así sucederá y sé que ese acto es necesario, y que al igual que el vuelo con que el milano surca nuestros cielos, está irresolublemente ligado al acontecer de las circunstancias y la marcha del mundo.

Fatalismo, dirán algunos. Yo lo llamo aceptación de nuestro destino. De la misma manera que el yuyo es pisoteado por el potro en el trote que sujeta al mismo, nosotros somos los verdugos y las víctimas del acontecer de nuestra querida Patria. Otros recogerán las semillas de nuestro sacrificio para sembrar con ellas el suelo de nuestras esperanzas.

No crea, en ningún momento, Usted me conoce muy bien, que me entrego permanentemente, de pies y manos atados, a

pensamientos tan tenebrosos. También me asaltan las preocupaciones de siempre: la salud de mis hombres, la paga atrasada, el estado de los pertrechos, mi propia higiene personal, el bienestar de mi amada. ¿Qué haría sin ella? ¿En qué oscuro camino cabalgaría este hombre solitario sin su constancia? Ya ve, Excelencia, el estado actual de mis pensamientos y de mis afectos. Me sostiene ante lo grande y lo pequeño, la dirección de mi destino y el largo camino de mis logros.

Agradezco a Dios el bien que hasta ahora me ha otorgado, y la honra de su amistad.

Francisco Ramírez, campamento en Sauce de la Luna,
julio 3 de 1820.

Todo esto había quedado atrás. Ahora, los formidables pensamientos, las fórmulas con las cuales los había recubierto, las viejas aspiraciones, habían escapado para siempre de la altiva cabeza, ascendiendo al cielo de la "eterna permanencia" —como a veces le gustaba decir entre amigos —, y sobrevivían solamente en estado de fantasmas en algunas de las cartas, en los oficios de guerra y en el recuerdo de su voz llenando las mañanas de las cargas. La cabeza de Francisco Ramírez, "el Supremo Entrerriano" —protegida en su insularidad por los doce barrotes de hierro—, contemplaría, inmóvil, ciega y silenciosa, las imágenes evanescentes y sucesivas de un mundo perdido para siempre.

IV

La cabeza de Ramírez encontraría la paz dos meses después de su exhibición a la vergüenza pública.

Durante la noche del 18 de septiembre de 1821 fue trasladada por tres sepultureros y dos religiosos de la orden de los dominicos hasta la Iglesia de la Merced, donde fue sepultada —no sin contratiempos, debido al peso de la gran tapa de mármol que sellaba el destino de los restos de cuatro religiosos y la gran dureza del suelo invadido por las piedras — en el interior de la jaula de hierro.

Dos días antes el obispo José de Abenámar había tenido un altercado con el gobernador Estanislao López, del que emergió con los ojos enrojecidos, pero en la plenitud de su dominio.

La visita del obispo había estado precedida por la visita de su edecán, Rodrigo de las Motas, que sin ningún tipo de preámbulos ordenó a López:

—Saque la cabeza del Cabildo, brigadier. Es una necesidad imperiosa para nuestra Iglesia y muy cara para el ánimo de la feligresía. Conocemos muy bien su espíritu cristiano y lo sabemos muy cerca de las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo. Aleje de usted la sangre de ese inocente.

—¿Es de esto que quiere conversar el obispo? Mejor les sería emborracharse con vino de misa —López movió con desprecio el pisapapeles que portaba un Cristo—. Y no me

hable de inocentes. Dígale a su jefe que no incordie con estupideces, y que mi tiempo es escaso para el tratamiento de esas falsas piedades. Retírese inmediatamente y comunique mis palabras a sus superiores.

Menos de una hora después llegó el obispo acompañado de cuatro clérigos de importancia y entró al despacho gubernamental con un color cárdeno en las mejillas y la decisión de un toro bravío en la mirada.

Sobre el sillón tapizado de gro, aguardaba López. No consideró digno de su importancia el tratamiento del tema —ni mucho menos, levantarse para recibir a sus "excelencias"— y solamente esbozó una sonrisa burlona y glacial dirigida a los religiosos y sus ayudas de cámara.

—Excelencia —avanzó Abenámar—. Sé que son muchos los problemas que ocupan a su gobierno y sé muy bien también que nuestro pedido puede ser considerado precipitado y alejado de las verdaderas necesidades de las horas actuales. Pero conozco mucho más perfectamente el espíritu apasionado que lo gobierna y en algunos casos lo traiciona, y las palabras excesivas que dirigió a mi edecán hace apenas unos momentos. Haré oídos sordos a las mismas, sé perdonar, eso es de buen cristiano; pero desearía que el pedido que me digné hacer llegar a usted, encuentre acogida en su corazón magnánimo y que, por un momento, dejemos de lado las consideraciones que podrían ocupar el pecho de hombres mezquinos y viles, pero nunca el de cada uno de los que enaltecemos esta sala.

López reconoció internamente la maestría oratoria del religioso, pero respondió:

—No hay rectificación a mi decisión. Dejaría de lado, si usted lo desea, los términos exagerados que dirigí hace unos momentos a su asistente, pero nunca las razones que me

hacen exhibir públicamente la encarnación de la traición en el rostro de un enemigo de nuestro país. Ramírez, o lo que queda de él, envejecerá dentro de su jaula, y en pleno Cabildo. No voy a discutir esto con usted, ni siquiera ante la presencia del mismo Papa.

Abenámar se sobresaltó: mentar al Papa con relación al destino final de la cabeza de un sublevado, católico sí, pero tan capaz de traición como el caudillo que tenía enfrente en ese momento, le parecía una blasfemia con olor a azufre y un delito que no podía dejarse pasar sin riesgo de honor para la Iglesia y a sus propios paños morados. Casi gritando imprecó:

—¡No blasfeme, brigadier! ¡No mezcle lo celeste con lo terreno! ¡A riesgo de perder su alma por toda la eternidad lo conmino a dar cristiana sepultura a los despojos de ese infeliz! Bastante tuvo ya con la vergüenza —Abenámar estaba sorprendido de su propia violencia y miraba sus manos—. Tenga piedad de ese hombre.

López estuvo a punto de pararse y abofetear al obispo, pero una especie de freno interno que desde pequeño lo asistía en el medio de las tempestades más fuertes y las batallas más enconadas, lo detuvo. Miró fijamente los ojos de Abenámar, aflojó la tirantez del semblante y dijo:

—Hagan lo que quieran con esa porquería. Tiren sus huesos debajo de algún atrio. Así nos aseguraremos de que no vaya a incordiar nunca más. Que no se conozca el destino de los despojos de ese traidor. No quiero a nadie prendiéndole velas, ni siquiera a ustedes. Que sea de noche y que nadie conozca el destino de esa basura. ¡Váyanse! ¡A diferencia de ustedes, tengo trabajo, y no puedo pasarme todo el santo día hablando de la cabeza de Ramírez!

V

Muchos años después de la muerte de Ramírez, los habitantes de Concepción del Uruguay verían pasar durante los atardeceres la figura severa y delgada de Norberta Calvento. Vestía un riguroso luto en tela de gro —realzado por ramilletes de hortensias lilas que llevaba prendidos en su pecho— y sobre sus cabellos deslavados por una canicie cinérea, portaba una mantilla española de color gris que había pasado a convertirse en un símbolo de su tristeza.

De todas las jóvenes casaderas de Concepción del Uruguay ninguna como ella reunió en tal alto grado las esperanzas y las promesas. Hija de uno de los principales cívicos del poblado, había aprendido a tocar el piano a los siete años y, a los doce, podía leer de corrido las escasas novelas francesas que habían franqueado —escondidas en pipas de harina y vinos— el riguroso examen de la censura borbónica.

Francisco Ramírez la conoció a los veinticuatro años. En esa época, el joven entrerriano cumplía funciones de correo entre el general José Rondeau y las fuerzas patriotas acantonadas en la Bajada del Paraná y comandadas por el coronel Díaz Vélez, y había llegado a la casa de los Calvento en busca de unas comunicaciones secretas que debía hacer llegar hasta las inmediaciones de Nogoyá. Cuando Norberta abrió la puerta de la casa familiar —una de las pocas que erigía un porte nobiliario entre la humilde proximidad de los

ranchos que caracterizaban la arquitectura del lugar— Ramírez quedó tan pasmado ante la belleza de la joven, que olvidó el motivo de su visita y entrecortadamente pidió hablar con el jefe de familia.

Andrés Narciso Calvento —un hombre de buen porte y maneras correctas, y a quien Ramírez adoraba por su valor cívico— hizo pasar al joven a la pequeña biblioteca familiar, guarnecida con librerías de la más pura caoba y que lindaba con un patio interno abrumado de malvones y jazmines, y le dijo:

—Mire bien a mi hija. No encontrará a ninguna como ella, ni siquiera en sueños. Usted es joven todavía, y es probable que no entienda mis palabras, pero recuérdelas cuando tenga decidido sentar cabeza. En este mismo escritorio lo estaré esperando.

Ramírez respondió confuso a la sugerencia paterna, pero durante los siguientes meses no hizo otra cosa que pensar en Norberta.

Al cabo de un año regresó a la biblioteca de Calvento y pidió la mano de la hija del cívico. Hubo cena en la casa esa noche. Se destaparon las mejores botellas españolas, las perdices con macarrones atestaron la lujosa vajilla de mesa, y ni por un momento, los circunstantes imaginaron que las dulces expansiones a las que se entregaban los tiernos novios serían algunas de las pocas muestras de un amor de tan felices augurios y tan macabro final. El tiempo, a la manera de un escultor de monumentos fúnebres, destinaría para ambos jóvenes un conjunto exquisito de realizaciones infaustas: el amor de otra mujer, y la muerte para Ramírez; la soledad, el oprobio y la infelicidad para Calvento.

VI

Querida Norberta:

Espero que esta carta pueda llegar a su poder. Hace poco más de cuatro meses curso penas de cárcel en Montevideo. El 15 de febrero fuimos derrotados por las tropas realistas comandadas por el capitán de navío Juan Ángel Michelena, en las proximidades de Casa Blanca. Varios de mis hombres y algunos de los orientales fueron muertos por un poder superior al de nuestras fuerzas. Montevideo es una gran ciudad. Tiene murallas que la circundan en dirección al campo de más de nueve metros de altura y seis de ancho. El aspecto de las casas es señorial, con doble planta y azotea. Muchas de ellas tienen nichos santificados en las fachadas. Sobre el Cerro de Montevideo existen cruces de grandes dimensiones con inscripciones latinas. Eso lo pude ver a mi llegada. La celda en la que me encuentro no es todo lo mala que mi imaginación pudo haber esperado. Tiene buenas proporciones y buena iluminación. Me acompaña en mi presidio el presbítero Silveiro Martínez. Los realistas son amables en el trato. Dos de ellos juegan partidos de tresillo con nosotros y nos prestan libros que entretienen nuestras horas. Espero que mi permanencia en este lugar sea breve. Me han permitido escribir esta carta, pero se me ha dicho que no debo hacer mención de ningún aspecto militar y de guerra.

Quiero que sepa muy bien que siempre está presente en mi alma. Recuerdo nuestras conversaciones y no olvido el voto que le

debo. Volveremos a vernos, no tenga dudas de eso.

VII

Una tarde destemplada del verano de 1812, y después de más de trece meses de cárcel, Francisco Ramírez escuchó y sintió un silbido repetido y agudo en el interior de sus pulmones. Pensó: estoy tuberculoso. Se levantó con dificultad del camastro y empapado en sus sudores, llamó al carcelero. Le dijo:

—Me estoy muriendo. Quiero hacerlo en mi tierra. Tengo algunos pesos conmigo, y muchos más en mis pagos. Son de usted, pero hágame la gracia de dejarme libre.

El carcelero, un infante de ánimo volteriano y simpatías revolucionarias, contestó:

—Puede guardarse los pesos. Los necesitará para pagar las conciencias de las personas que encuentre en el camino a sus tierras.

Dos noches después, Ramírez escucho caer una moneda sobre el piso de la celda. La habían arrojado por el ventanuco que daba a uno de los patios interiores de la prisión. Era la señal.

Se vistió en silencio, empujó la reja de entrada y avanzó en la penumbra. Todos dormían. Los pasillos que conducían a la entrada principal estaban desiertos. La gran puerta de madera del acceso, abierta.

VIII

Los encuentros entre Norberta Calvento y Ramírez comenzaron a ser más frecuentes a partir de los últimos meses de 1812, algún tiempo después de la prisión del caudillo en el Cabildo de la lejana Montevideo. Norberta esperaba a su prometido en un viejo recibidor ornado por madreselvas de hechura en tela de algodón. Muy cercano a la puerta de roble de la gran habitación, reposaba un sillón de cuero desgastado y noble. Un poco hacia la izquierda de la entrada se ubicaba una mesita con tapa de mármol que hacía las veces de repositorio de bebidas aromáticas y cigarros. Norberta no hacía uso de unas ni de otros, pero acercaba a Ramírez —con un gesto de pausado abandono— las delicadezas de que se ornaba la casa de los Calvento. Educada desde muy pequeña en la prudencia y el mantenimiento de las formas solamente besaba a Ramírez en las mejillas y en las comisuras de los labios. El caudillo aceptaba con resignación y algo de pesar estas tímidas muestras de amor, porque consideraba que la llama incesante del deseo requería de mujeres más decididas que su prometida y, sobre todo, de naturalezas más fogosas y fronterizas. En alguna ocasión dejaba discurrir algunos de sus pensamientos más ocultos, como aquella vez en que confesó antiguas predilecciones por mujeres pobres y de origen incierto:

—Alguna vez sentí afecto por una mujer de la Banda

Oriental. Era morena y muy decidida en los lances de guerra. Era también analfabeta y de padres desconocidos, una mujer que era su perfecto reverso.

Norberta aceptaba estas confidencias, porque veía en ellas una manifestación de la sinceridad y el amor de su prometido, y porque estaba firmemente convencida de la perduración de los votos del compromiso. Un compromiso que, al menos de parte suya, no habría de ser nunca traicionado.

IX

El 23 de mayo de 1813, Noberta Calvento y Francisco Ramírez asistieron a la fiesta de compromiso de uno de los amigos del caudillo: Simón Larrea. Norberta llegó tarde. Había pasado gran parte de la mañana en la casa de su modista tratando de corregir la rigidez del corsé y el largo excesivo de las ballenas de la falda. A las doce y media del mediodía subió a la calenda que pertenecía a sus padres y ascendió los cuatro escalones de la casa de la prometida al borde de la extenuación: no poder cumplir a horario con cualquier obligación mundana la sumía en un estado melancólico del que le era muy difícil recuperarse. Francisco Ramírez la esperaba en el recibidor de la casa con un ramo de geranios y un regalo para los novios: una pequeña escultura en mármol que representaba al dios Neptuno. Ramírez lucía, sobre la parte izquierda de su pecho, una breve cinta de colores punzó y celeste. El vestido de Norberta ostentaba los mismos colores. El ramo de geranios fue guardado en una caja de sándalo y sobreviviría varios años a la muerte del caudillo.

Norberta y Francisco permanecieron juntos más allá de la fiesta: durante mucho tiempo, casi hasta el final de su larga vida, Norberta recordaría el latir acelerado y desacompasado de su corazón, y el modo imperioso y firme de las caricias de Ramírez en el interior de la calesa que los conducía de

regreso. En un cajón del secretaire de la casa de Ramírez, quedaría guardado, durante muchos años, el corsé de tafetán usado por Norberta.

X

Después del encuentro amoroso posterior a la fiesta de compromiso de Larrea, los placeres carnales se hicieron más frecuentes durante los paseos en la gran galera perteneciente al caudillo. En la memoria de Ramírez, aquellos paseos quedarían para siempre impregnados de las esencias intensificadas que bordeaban los caminos y la plenitud de un campo de impresiones, rechazos y placeres que parecía agotar el registro pleno de la existencia. Las manos experimentadas de Ramírez iban apartando los sombreros con encajes, las peinetas de marfil, los innúmeros pliegues de las telas de época, las enaguas, los calzones cerrados en los muslos, los guantes a medio brazo, para alcanzar finalmente las parcelas más escondidas de la timidez anhelante y casi incólume de Norberta y dar culminación a la pieza empezada por ambos. Poco después, los paseantes emprendían el camino de regreso a casa. En el pescante de la galera el postillón cantaba un aire de amores y despedidas; el sol declinante era un fuego encendido en el oeste. El carruaje sorteaba una aguada profunda en el camino, esquivaba unos perros dormidos al costado de su tránsito y torciendo el rumbo en el derrotero, buscaba el centro presentido y anhelado de Concepción del Uruguay.

XI

La lectura conjunta de libros era una de las ocupaciones preferidas por Norberta. Esta tradición decimonónica encontraba en la prometida de Ramírez el mayor de los entusiasmos y una aplicación creciente y concentrada ejercida con un método infalible y particular. Acompañada por su familia y alguna de sus vecinas, Norberta leía de pie, y con atril, acentuando la culminación de cada párrafo mediante una mirada circular que buscaba las impresiones experimentadas por el auditorio y el momento exacto en el que comenzar la lectura del siguiente. Ramírez, de visita en las pausas breves permitidas por su actividad guerrera, miraba y escuchaba con ternura a Norberta. Acostumbrado al trato severo con sus subordinados y enemigos, encontraba en la cadencia de aquella vida reposada y hogareña un bálsamo del que le era muy difícil desprenderse una vez que las continuas obligaciones ligadas a lo político y lo militar lo llamaban de regreso al deber.

Ramírez era solícito y regular en sus demostraciones de cariño hacia Norberta. En cierta ocasión, por carta, expresó algunas de sus motivaciones internas y muchas de las preocupaciones que lo asaltaban a diario en relación con un compromiso, que, decía, y así lo creía, irrenunciable:

Querida Norberta: hoy fue un día ingrato. Unos de mis

subordinados, antiguo capitán de coraceros, murió de resultas de un corazón viejo y malherido. Fue con gran pena que despedimos sus restos en una fosa excavada a pocos metros del río. No tiene hijos ni padres. No sé si tiene hermanos. El destino de ese pobre hombre me parece el símbolo de nuestra tierra. Desheredados todos, y en busca de un destino incierto que no tiene forma ni futuro firme. Pienso en nosotros, y en nuestros votos. Espero que la providencia disponga en breve el momento y el modo de concretarlos. Nuestra convulsionada patria no lo permite todavía; hagamos votos por una espera breve y reposada.

Ayer recibí tu carta. Fue con devoción que leí cada uno de sus párrafos. Este amor que nos une, esta llama encendida que nunca decae, este imperio del afecto que nos guía, se reflejan de la manera más verdadera en cada una de tus palabras.

XII

Para mediados de 1815, la provincia de Entre Ríos era una enorme lengua selvática abrevada por los afluentes de los dos grandes ríos que la rodean y cientos de lagunas y esteros que espejaban el enorme techo celeste y gris de los cielos cambiantes. La profusión del verde y la concurrencia de aves de todos los plumajes y cantos contrastaban con los pequeños grupos de hombres asentados en poblaciones a la vera de los caminos fluviales. Los viajeros y comerciantes porteños apreciaban admirativamente un paisaje en abierta contradicción con las grandes llanuras de sus tierras de procedencia. Así, aquel vendedor de cebo y velas, Prudencio de Alvear, que en el diario que lo acompañaba en sus viajes interminables por el este de la Nación había escrito:

Por todas partes nos siguen los cantos de las aves. Conozco de ellas unas pocas. Las otras tornasolan el color de su plumaje bajo el influjo de un sol que raramente se oscurece en los días malos y tormentosos. Se habla de bandeirantes portugueses escondidos en la profundidad de la selva. No he cruzado a ninguno de ellos en mis recorridas por esas tierras del Señor. Hay parroquias importantes en cada pueblo, como las de Gualeguay y Nogoyá. Los religiosos son instructivos en relación a las leyendas y las historias de esta gran provincia. Uno de ellos, de apellido Real, me dio alberge en su misma casa durante tres noches. Admiré su

pobreza voluntaria y la enorme generosidad de sus intenciones. Hay también hombres con mando en esas tierras. Conocí a uno en las proximidades de Gualeguay. Se llama Francisco Ramírez y tiene gran imperio sobre las gentes. Es amable y culto. Va siempre acompañado por tres o cuatro hombres con prendas coloradas y lanzas. Todos son amistosos y prudentes. Uno de ellos me obsequió una daga que guardo como recuerdo.

XIII

Los cuatro hombres de “prendas coloradas y lanzas” que acompañaban a Ramírez formaban la pequeña “guardia pretoriana” de sus montoneros. Tres eran de Concepción del Uruguay; uno, de Gualeguay. Seguían a Ramírez como una cuadriplicada sombra y dormían, a la intemperie o a cubierto, a pocos metros del caudillo. Habían sido elegidos por sus dotes guerreras y su excepcional conocimiento del terreno. Eran jinetes eximios y no solamente manejaban la lanza, sino también el facón y la espada.

Ramírez portaba las mismas prendas guerreras. Su lanza tacuara tenía regatón y moharra de hierro y en su espada destacaba la gran empuñadura con guardamano. El facón tenía vaina metálica de punta con arabescos.

Los porteños comenzarían a escuchar el nombre del caudillo a finales de 1817. El 15 de diciembre, una escuadrilla comandada por el coronel Luciano Montes de Oca había partido desde Buenos Aires para complementar la acción, que contra Artigas, y en las márgenes del Paraná y el Uruguay, libraban las fuerzas entrerrianas de Hereñú, Samaniego y los hermanos Correa.

Poco antes de la acción decisiva en Arroyo Ceballos y la victoria de Santa Bárbara del 25 de diciembre de 1817, Ramírez había reunido a sus custodios y les había dicho:

—Voy a pedirles algo. Si en algún momento me sucediese

caer prisionero de Montes de Oca o de los hombres de Hereñú, resguarden la vida de mis familiares y de mi prometida. Mis padres son viejos, y mis hermanos, demasiado jóvenes. No permitan la ofensa de ninguno de ellos. Llévenlos al interior de la selva. Háganlos cruzar a la Banda Oriental si fuese necesario. Busquen a Artigas. Entréguenlos a su custodia. No quiero cargar en el infierno con la pena de haber sido el causante de sus desconsuelos.

XIV

Jacinto Roque de Sena Pereyra contempló su rostro en el pequeño espejo oval que lo acompañaba en las campañas. Era un espejo con marco de marfil asiático y vidrio biselado que conservaba escondido en el interior del castillo de popa de la goleta *Imperial.* Observó la pequeña barba entrecana y los ojos amarillos. Pensó —y se lo dijo en voz alta— lo de siempre:

—Nada mal, quién no los querría.

Portugués, vanidoso y cultivado, había engalanado los salones de su Lisboa natal recitando versos del Ariosto, de Dante y de Petrarca en un italiano sublime y con un sonido profundo que alcanzaba las cimas de la plenitud en la vibración de las nasales y el dejo casi argénteo de las palatales. Las damas primerizas sucumbían al embrujo de ese hombre que, además de joven, marino y apuesto, era capaz de distinguir y hacer conocer a los invitados —que lo cercaban como a una vieja celebridad— los acentos, para ellos desconocidos, del italiano del norte, y los imperceptibles y sutiles matices que distancian el habla de un antiguo caballero de la República de Venecia de aquel perteneciente a un religioso de la cercana ciudad de Padua.

De esas felicidades en el Reino de Portugal lo habían apartado las obligaciones militares en las tierras populosas del Brasil y el mando de hombres embrutecidos por el alcohol y la vida licenciosa y salvaje.

A comienzos del mes de mayo del año 1818, y en Montevideo, se había embarcado con sus hombres en la goleta *Imperial* y dos pequeñas naves artilladas para una misión que tenía como objetivo principal el establecimiento de un enlace —a la altura de Paysandú— con las fuerzas comandadas por Joaquín Javier Curado. La mujer que dormía en el camarote de Sena Pereyra se llamaba María Delfina.

Las embarcaciones remontaron el Uruguay, sortearon la Isla Martín García y llegaron sin mayores contratiempos hasta Paso de Vera. Oculto en la selva en galería, esperaba Francisco Ramírez con la casi totalidad de sus jinetes. A pocos cientos de metros se levantaba una saliente fortificada coronada por tres cañones capturados a las fuerzas del general Marcos Balcarce en la batalla de Saucecito.

El silbido del capitán de artilleros fue suficiente: las baterías comenzaron a tronar, destrozando la arboladura y parte del velamen de la goleta capitana. Desde estribor, respondieron con los disparos dos cañones: una de las baterías costeras fue totalmente destrozada y murieron sus tres artilleros.

El desembarco era imposible sin contar con el apoyo de los cuerpos de infantería comandados por los hombres de Curado, y la goleta puso rumbo a una de las islas uruguayas que enfrentaban al Paso de Vera. Un día después llegaron las tropas comandadas por Curado que, entretanto, habían tomado el pueblo de Paysandú, hasta ese momento dominado por Artigas.

La suerte de Ramírez estaba sellada en esa acción: el 19 de mayo, y en medio de una impenetrable oscuridad, más de cuatrocientos jinetes comandados por el guerrillero riograndense Bento Manuel Ribeiro, franquearon a nado el Uruguay a la altura de Calera de Barquín —conduciendo a los

caballos del diestro— para atacar y desarticular a las tropas artiguistas antes de alcanzar Arroyo de la China y someter a la batería de Paso de Vera.

Ramírez nunca se perdonaría ese fracaso. Los portugueses saquearían Concepción del Uruguay, capturando 366 prisioneros y pertrechos, y establecerían compensaciones de guerra. Dinero perteneciente al tesoro de Artigas iría a parar a las arcas portuguesas y, lo que era más ofensivo aun, la retirada precipitada de sus hombres —necesaria de todas maneras considerando el desastroso estado del escenario de guerra— pondría una mácula indeleble en la ascendente leyenda del caudillo entrerriano.

XV

La pequeña misión punitiva de las fuerzas del Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve en las proximidades de Concepción del Uruguay, constituyó un pequeño mojón en la dilatada guerra que dilaceraba las entrañas de miles de hombres en las llanuras, las selvas, las planicies de inundación, los ríos, las lagunas y los cañadones orientales y mesopotámicos del sur continental.

En mayo de 1816, de mañana, el rey portugués Juan VI había pasado revista al contingente de sus tropas en *Praia Grande,* Río de Janeiro. El fasto de los hombres contrastaba con el mar calmo y un cielo abarrotado de nubes. En el puerto cercano se avistaban los velámenes de las embarcaciones de la escuadra capitaneada por el conde de Viana. Los integrantes del cuerpo de Voluntarios Reales, al mando del general Carlos Lecor, vizconde de Laguna, y los casi 5.000 veteranos de los cuerpos europeos, constituían la elite de las tropas. Había también riograndenses, paulistas y pedristas. Miles de cariocas y parientes de los soldados formaban un cordón gigante extendido entre la playa y los morros próximos. En casi todas las ventanas ondulaban banderas del Reino. Los fuegos de artificio iluminaron la desvaída atmósfera mientras desde los barcos próximos las salvas de triunfo asordinaban la algarabía costera.

Sobre el mediodía, y acompañado por la aristocracia local,

el clero, los oficiales pertenecientes a los altos mandos de las diferentes fuerzas —entre ellos, el mismo Lecor— y la burguesía ilustrada de su reino, el joven rey celebraría con un fastuoso almuerzo el día de su cumpleaños y el enorme brillo de su poderío militar. Se sirvieron terrinas de *foie gras* en grandes bandejas de plata con asas de oro. Los patos asados fueron trozados en mesas auxiliares antes de ser depositados con celo estudioso y reservado en cada uno de los platos de los invitados. Sobre los manteles del algodón más exquisito, y en el que estaban representados al tejido las divinidades del monte Olimpo, se aposentaba la cristalería de Bohemia y la base de las botellas que contenían casi todas las variedades del buen vino portugués: entre los tintos, el *castelao,* el *baga* y el *ramisco;* entre los blancos, el *alvariño,* el *loureiro* y el *arinto*. A los postres, los paladares serían halagados por pasteles horneados al barro y medallas de chocolate grabadas con los reales emblemas. Durante mucho tiempo, casi tanto como el de la duración de las hostilidades contra las fuerzas de Artigas, los concurrentes habrían de guardar grato recuerdo del memorable convite.

El plan de guerra era contundente y escueto: debía someterse al caudillo oriental de manera violenta o pacífica; por tierra y por mar.

La guerra duraría casi cuatro años y encontraría su desgarrado epílogo en Tacuarembó. Más de 4.000 orientales y argentinos serían muertos por el colosal poderío portugués. La totalidad de la Banda Oriental pasaría a transformarse en la Provincia Cisplatina.

Serían necesarios cinco años y la “Cruzada Libertadora” liderada por Juan Antonio Lavalleja para que los orientales pudieran sacudir el yugo portugués. Para ese entonces, Artigas vivía un exilio poblado de memorias en Asunción,

mientras que su antiguo aliado, Francisco Ramírez, abonaba con sus restos algunos centímetros cúbicos de suelo argentino.

XVI

El mes de noviembre de 1818 llegaba a su culminación y, con él, uno de los períodos de mayor felicidad en la vida de la pareja. Las preocupaciones cotidianas, la sensación de amargo fracaso en Ramírez por la derrota en Paso de Vera algunos meses antes, el temor creciente en Norberta ante el acrecentamiento guerrero de la vida del caudillo quedaban parcialmente velados por la plenitud de las afinidades y el ejercicio de una pasión física ejercida con ciencia deslumbrada y progresiva. Para la época de la que venimos hablando, y en el medio social del que formaba parte Norberta, la edad de la novia, si cabe tal generalización, era la adecuada para el comienzo del matrimonio. Ramírez conocía esto perfectamente, pero prefería postergar para un futuro que veía auspicioso, probable y próximo el comienzo del mismo. Norberta no preguntaba nunca y se encerraba en un silencio prudente que muy pocas veces era traicionado. En alguna ocasión, sin embargo, dejaba translucir su desasosiego, como en aquella tarde en la que había dicho:

—A veces quisiera que nuestros votos pudieran realizarse. Tengo miedo de que la muerte nos separe. No exagero, Francisco. Lo sueño de continuo y cada vez con mayor frecuencia. La otra noche, por ejemplo, lo soñé en harapos y malherido. Tres soldados brasileños martirizaban sus heridas con sal gruesa y vinagre. Usted gritaba. De sus ojos salía una

sangre espesa y malsana. No pude dormir el resto de la noche después de despierta.

—No tema, mi bien —respondió Ramírez, acercando el talle de Norberta—. Las noches nunca son buenas consejeras. La luz del día disipa esos funestos presagios. Me pasa lo mismo: siempre creo llegar al límite de mis fuerzas en las noches amenazantes. Algo parecido a lo que vivimos de niños, cuando buscamos el auxilio de nuestros padres. Nuestra imaginación termina convirtiéndose en el enemigo más ingrato. De esos relevamientos del horror y la pena se sale con la luz. Créame: los fantasmas de la noche son presencias amigables durante la mañana. No olvide nunca eso. Nuestros esponsales tendrán su momento preciso. Es cuestión de meses.

De muy distinta opinión eran Calvento padre y las amigas de Norberta. Todos sospechaban otros amores y otros propósitos en la vida del caudillo. El padre de Norberta se llamaba a silencio en sus temores, y acompañaba de manera benévola y optimista los temores de su hija. En una ocasión había expresado:

—Son muy jóvenes todavía. Para los hijos hay tiempo. Paciencia, hija. Francisco tiene buen corazón, pero un presente difícil. Las nubes tormentosas de los días actuales darán lugar a la mejor de las estaciones. Recuérdalo.

XVII

Para Ramírez, la cuestión de su probable matrimonio era una fuente de tormentos continuos y lacerantes. Acostumbrado a la lealtad desde muy pequeño, sentía como una traición su conducta con Norberta. Su cura confesor, Gregorio Torrealba, recibía las confesiones de las faltas con ánimo prudente y medido, intentando dar una respuesta que no fuese deudora de la verdad y, por qué no decirlo, del mismo cálculo con el que evaluaba las faltas del caudillo.

—El tormento no es aconsejable, hijo mío. No, al menos, a tus años, y con tus necesidades. Siempre te lo digo: si la tribulación es mayor al bien, debes buscar los actos que la anulen. Un matrimonio forzado por las circunstancias no puede ser feliz ni grato a los ojos del Señor. Examina tu conciencia, sopesa cada uno de tus actos: los pecados del espíritu y de la carne. Si en tal relevamiento encuentras que los placeres no son todo lo necesario y grato que deberían ser a tu alma, desposa sin falta a Norberta. Los tiempos no son fáciles, sabemos eso muy bien. Las querellas del poder, las continuas acechanzas del azar en cada una de las acciones, la muerte que tiñe con su espectro el camino de tu vida, pueden hacer mis palabras sean, por lo tanto, apresuradas y desmedidas. Dios nos da la baraja; es a nosotros a quienes corresponde decidir el juego.

—No es momento todavía, padre. Las necesidades actuales

no me lo permiten. ¿Qué haría Norberta con un hombre que no tiene un destino preciso? Pienso siempre esto, y nunca doy con una respuesta que me conforme y guíe. Dejemos pasar el tiempo, padre. Que los hados hablen a través de él.

XVIII

Entre las mujeres capturadas a las tropas que combatían a Artigas, había una brasileña de pelo dorado y dormán rojo a la que los hombres llamaban “La Delfina”. Había nacido en Porto Alegre en una casa de rameras, y no fueron pocos los que atribuyeron el feliz acontecimiento a la potencia genésica de un virrey portugués, hombre licencioso, divertido y muy procaz en el tratamiento de las anécdotas, que en una misma noche era capaz de satisfacer el apetito desfallecido de cuatro “pupilas” antes de pagar con denarios de su propio peculio los favores recibidos.

El pelo de la brasileña descendía hasta la cintura y daba un aire de Medea imperativa a sus rasgos casi perfectos. Por debajo de la boca, un pequeño hoyuelo y el mentón prominente revelaban un espíritu aguerrido y sin complacencias que solamente se trocaba en ternura durante las lides del amor.

Así la conoció Ramírez hacia principios de 1819, y así la amó a primera vista. A las peculiaridades de su belleza se habrían de sumar los fulgores de una mente despierta —expresados en un español que la mujer había aprendido de su comercio con hombres uruguayos— y la sabiduría de un lenguaje de alcoba que habría de salpimentar largamente los encuentros con el caudillo.

Alternaba en su vestuario dos chaquetas de aladares

dorados ya deslucidas por el uso y la friega y tres ponchos calamacos —obsequios de un amante que habría de descerrajarse un tiro después de la catástrofe de Tacuarembó — que en su color bermejo resumían la pasión de su corazón desbocado y el tinte arrebatado de sus mejillas.

Ramírez la vio por primera vez durante una revista de sus tropas en las proximidades de Concepción del Uruguay. Preguntó quién era la mujer y le respondieron que era una antigua amante del capitán portugués Sena Pereyra que, tomada como rehén de guerra por las tropas de Artigas, habíase pasado a la causa de los libres.

El caudillo pidió verla a la sombra de una pulpería requisada que hacía las veces de cuartel general. Los hombres esperaban afuera. La brasileña llegó montando una mula, y antes de que Ramírez hubiese preguntado nada, selló con dos besos sonoros en las patillas del entrerriano su inagotable curiosidad de amazona. Ramírez sonrió y dijo:

—Veo que en el Brasil los regalos vienen pronto. Por estos lados somos más cautos con el enemigo. Primero, aprendemos a conocerlo.

La Delfina sonrió y dijo:

—No ha ganado ninguna prenda, general. Solo quería conocer el sabor de un entrerriano.

Ramírez, a quien los halagos convertían en un hombre vulnerable, sucumbió. Solamente dijo:

—Quisiera volver a verla, pero eso está, claro, a su arbitrio. Dígame cómo puedo hacerlo.

—Ponga un catre cerca del suyo. Tengo unas pocas ropas y mis armas. No me haga hacer el mate. En eso no soy buena.

—Al agua la calentamos los hombres —respondió Ramírez en medio de las sonrisas—. De lo otro, se encarga su alteza.

A partir de esa tarde, durmieron juntos. Ramírez, de sueño

liviano, contemplaba durante sus despertares el perfil imperioso de su querida. Los reconcomios y las culpas lo asaltaban durante esos momentos pensando en Norberta Calvento. El desasosiego no duraba demasiado: muy pronto la brasileña despertaba, vestía su cuerpo casi desnudo con las prendas guerreras, acercaba sus labios finos y apretados a la boca del caudillo, y en un registro reposado de mezzosoprano madura —en la proximidad de la ventana por la que ya comenzaba a clarear el alba— entonaba un *fado* de hondísima tristeza sobre la infelicidad de los amores truncos.

XIX

Una costumbre que Ramírez intensificó en sus amores con la Delfina fue la redacción de cartas. Cartas de amor, por supuesto, porque para las otras comunicaciones —partes de guerra, proclamas, bandos y pedidos— ya tenía la mano certera y pronta; cartas cargadas de una sensualidad pudorosa y tan alejada de los arrebatos de sus noches compartidas, como las tierras del Brasil a las que su amada no regresaría nunca jamás.

Las escribía en papel amarillo con membrete bordó, durante cada descanso de las tropas y, muchas veces, en la misma proximidad de la Delfina. Algunas eran breves esquelas; otras, largas descripciones de la singularidad de su amor, como aquella en la que había escrito:

Amada de los cielos: esta noche no he podido dormir. Tú estabas, en la distancia que la noche pone entre dos seres, demasiado lejos de mí, demasiado aislada, y de tu mejilla habían huido los colores con los que la luz adorna tu hermosura; de tu talle, el porte enhiesto que tanto te señorea. Por la ventana entraba la débil y marmórea luz de la luna. Me acodé sobre mi costado para mirarte. Un leve temblor de tus labios me dijo que soñabas. Tuve celos de ese mundo vedado para siempre a mis miradas, desvinculado eternamente de todo aquello que nos aproxima y nos funde en una sola llama, a miles de leguas de las

tierras que tu silueta ennoblece.

Intenté despertarte y volverte a la clara comunión de los anhelos compartidos. Todo fue en vano: tu caprichoso cabello sumergía, en su intrepidez, el contorno de tu alma.

Esta noche he sentido la condenada soledad del amor, la imposibilidad de la posesión total de tu continente, el sino del náufrago en medio del cruel océano que lo circunda. Tal es mi condena y mi martirio.

Amándote, más allá de los sueños, la dicha y la tristeza.

XX

Además de las cartas, Ramírez y la Delfina compartían la pasión por las armas. La brasileña tenía un trabuco *Lefaucheux*, un sable toledano y dos facones cortos con gavilán en forma de S. Ramírez se burlaba afectuosamente de tamaña prodigalidad:

—Usted equivocó su oficio, Delfina. Más le hubiese valido hacerse al yunque y al martillo, que no al espinazo del caballo.

—Soy mejor soldado que mujer, general, por eso aquerencio estos fierros. Yo le diría que tenga mucho cuidado en el respeto a mi persona —seguía la brasileña—. No vaya a ser cosa que se termine diciendo por ahí, de que a Ramírez lo despenaron los malos tratos a su querida.

Ramírez sonreía del carácter bravío de su amada, y contestaba:

—Nunca, querida Delfina. Nunca un humilde general avasallará su increíble hermosura.

En estos inocentes intercambios, agotaban las pocas horas de sus vigilias solitarias. Un día, sin embargo, el tono de la conversación fue diferente; la Delfina se acercó con gesto adusto a Ramírez y le dijo:

—Usted sabe muy bien, y yo lo sé mejor aún, que nuestro amor tiene vida breve.

Ramírez, sorprendido, preguntó:

—¿Por qué me dice eso? Ninguna eternidad es breve.

La Delfina sonrió, pero prosiguió en tono monocorde:

—No me engañe. Usted sabe mejor que nadie que una mujer de mi condición no puede ser su querida. No, al menos, durante mucho tiempo. Con el correr de los días, sería una carga demasiado dura de llevar para su excelencia, porque en un lado, el de sus enemigos, lo tratarían de blando y enamorado y, en el otro, el de sus hombres, de frecuentador de rameras.

La Delfina no mentía. Todos los subordinados de Ramírez conocían su condición de fortinera; casi todos, su procedencia.

Ramírez protestaba:

—¿Qué me dice? No existen circunstancias que me alejen de su amor. No existirá una mujer que ocupe su lugar.

Ambos sabían, pese a estas defensas, y en lo más profundo de sí mismos, que su amor tenía fecha de término. Ramírez debería volver, con el paso del tiempo, a sus asuntos de hombre de Estado y a mujeres como Norberta Calvento; la Delfina, a sus oficios de reidora, fregatriz y soldado.

XXI

Ramírez recibió casi dormido a su medio hermano Ricardo López Jordán, la noche del 17 de julio de 1819. Habían cenado en la casa de los Calvento, antes de encontrarse en la pulpería "La blanqueada" para empinar las últimas cañas de la noche. Ramírez se bamboleaba sobre el mostrador, pero conservaba el juicio sereno y el hablar perfecto. Le dijo nada más entrar:

—Te mandé llamar porque hay cosas que no puedo mentar en lo de Calvento. Las paredes escuchan, y los espías, mucho más.

—No hay cuidado —respondió López Jordán—. Ando medio desvelado estos días.

—Benítez —ordenó Ramírez—. Un vaso más para mi hermano.

Al caudillo acompañaban tres leales de Gualeguay. Todos estaban borrachos.

Ramírez y López Jordán buscaron el auxilio de dos sillas bajas. Uno de los centinelas atravesó su cuerpo en la entrada. No fue necesaria la orden de Ramírez: todos en Concepción del Uruguay sabían de sobra que cuando "El Supremo" entraba a una casa, ninguno más podía franquear la puerta.

Ramírez acercó su boca a la oreja de López Jordán y con voz firme y precisa, le dijo:

—Me contó un pajarito que el ilustrado Sánchez es agente

de los directoriales.

—Algo de eso escuché —respondió López Jordán— pero creo que son todas habladurías. El hombre no es zonzo. Puede ser porteño y de la secta, pero no va a condenar a sus hijas y a su esposa.

—Tengamos cuidado con él —Ramírez apuró otro trago—. Nunca se sabe con estos porteños.

—De Estanislao López tendrías que tener cuidado —López Jordán miró fijo a los ojos de su hermano—. Los pajaritos de los que vos siempre hablás, nunca me hablan bien de él.

—Ya sé que le tenés inquina, Ricardo —Ramírez miró hacia atrás y continuó—, pero Estanislao es casi un hermano. Vos luchaste con él. Deberías callar algunas cosas.

—López ni siquiera te mencionó en el acuerdo de San Lorenzo. Estaba de lo más cómodo lamiendo las botas de los porteños, y eso es algo que nunca voy a callar.

—Tranquilo —Ramírez palmeó la cabeza de su hermano—. Los federales nos necesitamos unidos y en plena concordia. En unos meses marcharemos sobre Buenos Aires a imponer condiciones. Ya vas a ver: tendremos a los leones del Directorio a nuestros pies, y López nos servirá de mucho.

—Como vos digas, Francisco. Solamente te digo que andes con cuidado. No vayas a abonar suelos de manera inocente.

XXII

La advertencia de López Jordán habría de cumplirse casi dos años después, y era el símbolo perfecto de los innumerables desgarramientos que martirizaban el cuerpo del país. Los intereses encontrados, las querellas particulares, la sujeción a determinada idea, o determinada noción y, sobre todas las cosas, el odio dilacerante que sobrevolaba la extensión de la enorme geografía de la patria, se habían encarnado en la individualidad de cientos de seres portadores de un sentido de misión que los sobrepasaba y los convertía alternativamente en martillo y yunque de su propio devenir.

El proyecto de Constitución unitaria de 1819, las simpatías monárquicas de algunos de los "directoriales" —los "sectarios", a decir de los federales—, el centralismo porteño asentado en las bases del control de la navegación en los ríos interiores y los aranceles aduaneros, eran algunos de los motivos visibles que establecían las enormes diferencias de principios entre Buenos Aires y los caudillos de las provincias federales. Esos eran los motivos esgrimidos; los otros, aquellos que nacen de lo más profundo del ser —el odio atávico a lo extraño, las divergencias resultantes de las diferentes procedencias de los individuos involucrados en la justa, la incapacidad de ver en el otro una manifestación diferente de la misma esencia— eran los que verdaderamente y, ocultos en el relumbre de los primeros, desataban esas

carnicerías en las que el hombre desconocía al hombre y en las que “el tajo en la garganta” era la operación sacrificial que condenaba al vencido y exculpaba al vencedor.

Los actores principales del drama, de cuya complejidad ni siquiera un lector contemporáneo puede vislumbrar el todo y las partes con la exactitud necesaria, eran zarandeados por el huracán de los sucesos alternativos y contrarios en la lucha interminable de las voluntades y los anhelos. A eso se había referido en una ocasión Ramírez conversando con uno de sus lugartenientes, Gregorio Piris:

—Llevamos sobre nuestras espaldas el peso de acontecimientos que ni siquiera podemos comprender del todo. Mire, por ejemplo, Artigas, al que debemos parte de nuestras ideas. Hace años está empeñado en una guerra contra los portugueses que solo puede tener un final: la derrota de sus fuerzas frente a un enemigo superior e inmisericorde. Sabemos muy bien que nuestras acciones contra Buenos Aires, al desguarnecerlo de fuerzas que podrían serle necesarias, lo injurian hasta un grado peligroso, y que esas mismas acciones pueden ser el embrión que nos embarque en una guerra contra él mismo. Nosotros vemos las cosas de distinta manera que Artigas, por supuesto, porque nuestros intereses no son los mismos que los suyos, o lo son de manera parcial. La guerra contra los portugueses es un paso futuro que tendremos que dar, pero es mucho más importante la extensión y la imposición de nuestras ideas. Y con cada uno de nosotros pasa lo mismo que con Artigas. Sospechamos traiciones a cada paso y, lo que es más preocupante aun, esas traiciones casi siempre terminan por concretarse. Y muchas veces, a manos de aquellos que a veces hemos distinguido con nuestra amistad y nuestra ayuda.

Las palabras de Ramírez eran el límpido espejo en el que se

reflejaba la realidad del país. Un país que, como la Hidra de Lerna, dejaba crecer dos cabezas por cada una de las cortadas y envenenaba la atmósfera con un aliento mefítico que alcanzaba las pampas, las selvas, los montes, los desiertos, las orillas de ríos, lagunas y cañadas, los altos picos nevados y la margen oceánica del Atlántico, la enorme extensión de un dominio desmesurado, por donde a pie o a caballo, en carretas macizas o carruajes de elegancia, los primeros argentinos, desconocedores de su suerte, y a la buena del destino, al arbitrio de su Dios, encontrarían la fortuna propicia o la adversa.

XXIII

No hubo en ese tiempo, y en tierras americanas, un ser que encarnase con mayor perfección el ideal napoleónico que el joven chileno José Miguel de la Carrera y Verdugo. En el campo de batalla, y oyendo silbar las balas enemigas sobre la cabalgadura, era capaz de sonreír y recitar para sus adentros las *Sátiras* de Juvenal mientras se afeitaba con navaja valenciana la espesa barba de las mejillas.

Era un viejo hábito que guardaba desde sus mocedades en tierras españolas, cuando, como húsar de Farnesio, había combatido a las tropas napoleónicas, y que no lo habría de abandonar ni siquiera ante los aprontes de su propia ejecución en la plaza central de Mendoza, algunos años después.

Durante tres días con sus noches, en el interior de un sótano que oficiaba como prisión, y en el que esperaba la muerte, habría de recitar de cabo a rabo los versos de Fray Luis de León —aprendidos en los intervalos de sus campañas insurreccionales—, instruyendo de tal forma a los jóvenes gauchos mendocinos que lo custodiaban —muchos de los cuales oficiarían de verdugos suyos— sobre la métrica exacta de los sonetos y el valor particular de las asonancias.

En septiembre de 1819 enlazaría su destino para siempre al de Francisco Ramírez. Armado de una imprenta portátil con la cual invectivaría contra el gobierno directorial de Buenos

Aires, y de un gran conocimiento de los caracteres que gobernaban a cada uno de los integrantes del Cabildo, sería consejero de Ramírez y, sobre todas las cosas, el amigo, edecán y secretario que acompañaría los últimos meses del caudillo.

Durante los días finales de ese 1819, Miguel de la Carrera pudo iniciar a su nuevo amigo en los misterios del espíritu napoleónico, la constitución de las cortes europeas y las estrategias convenientes a los diferentes cuerpos de sus cuadros, por medio de una palabra siempre cautivante y siempre solícita a los requerimientos de Ramírez.

Los meses transcurridos antes de la batalla de Cepeda habrían de ser, en el recuerdo de esos dos hombres a quienes alcanzaría la muerte poco tiempo después, y en el cénit de la vida, un fresco luminoso y diáfano, liviano como el aire que sobrevolaba los campos, y tan alejado de cualquier tipo de preocupación, como las nubes fugitivas que, mucho más arriba de las tropas empeñosas, dibujaban, al arbitrio del viento, formas fugaces y caprichosos arabescos.

XXIV

Durante la madrugada del 22 de enero de 1820, y en la Banda Oriental, uno de los segundos oficiales de Artigas, Pantaleón Sotelo, salió de su tienda de campaña en dirección al Tacuarembó. Orinó copiosamente sobre uno de los meandros abandonados del río el vino portugués capturado a las fuerzas enemigas en la victoria de Santa María y observó la neblina que cercaba los contornos. Siguió camino hacia el puesto de vigilancia de las tropas. Casi todos los oficiales dormían. Su amigo Faustino Tejera escribía una carta a su familia. Pantaleón lo llamó. Salieron. Los dos hombres comenzaron a pitar en silencio en medio de los mosquitos. Una urraca graznaba su lamento desde un árbol cercano. La tierra se había convertido en un enorme cenagal después de la creciente repentina del Tacuarembó. Los albardones no habían podido contener la enorme fuerza de irrupción del caudal y las botas de los oficiales se empantanaban en la trabajosa marcha nocturna.

Había escampado durante la noche, pero la persistente neblina cegaba todos los rumbos.

—Nuestra victoria tiene vida corta —dijo Tejera, sin alcanzar a medir el tamaño de su acierto—. No podremos enfrentar a los portugueses con este tiempo del diablo. La caballada no nos servirá de mucho. Empecemos a rezar a la Virgen Madre. Tendrás que escribir a tus deudos. Nunca se

sabe.

Sotelo, supersticioso, respondió:

—No escribo cartas. Es de mala suerte. Harías bien en abandonar esa costumbre.

Comenzaba a clarear en el este. No había sido una buena noche para Tejera. La imagen de su perro "Fidalgo", y un breve sueño en el que había entrevisto el rostro de su viejo enemigo Manuel de Santos Ribeiro, lo habían desvelado. Ahora se sentía agotado y viejo. Palmeó el hombro de su amigo Pantaleón y le dijo:

—Voy a hacer una cabezada. La necesito.

No volverían a verse. Unos minutos después del diálogo, las tropas luso-brasileñas comandadas por José María Rito de Castelo Branco Correia da Cunha Vasconcelos e Souza, Conde de Figueiras, comenzarían un ataque mortífero contra los hombres orientales.

Cuando los primeros caballos de los brasileños invadieron el acampe oriental, Pantaleón Sotelo estaba sacándose los pantalones. Se los volvió a poner en medio del griterío y empuñó su viejo sable toledano. Alrededor suyo reinaba una confusión espantada. Corrió hacia el borde de un pequeño monte tratando de esquivar la acción de los caballos y mató a dos portugueses desmontados. Enfrentó a otros tres. Fue malherido. En el lado opuesto del río el afanoso ir y venir de sus compatriotas era una imagen borrosa. "Pobres tapes", se dijo en voz alta. Tropezó con el cadáver de un mulato uruguayo y dio de cara en el barro. Al levantarse se tocó el lado izquierdo del abdomen. Lo sorprendieron el tamaño y la profundidad de la herida. Pensó: estoy muerto. La tienda de su amigo Faustino Tejera estaba a pocos metros de distancia, pero sabía perfectamente que nunca podría alcanzarla. Un soldado brasileño, al que enfrentó con la última reserva de

sus fuerzas, le pegó un planazo en la frente. Cayó sobre sus rodillas. De la herida, era un torrente lo que brotaba. No sabía dónde estaba su sable. Vio a pocos metros la degollina de algunos de sus hombres. Comenzó a rezar el Padrenuestro. No alcanzaría a terminarlo.

XXV

El mes de enero estaba en su apogeo. En la totalidad de la campaña bonaerense, el tiempo prometía tormenta. El calor hería con su rayo, prendiendo fuegos y pajonales en las proximidades de Cañada de Cepeda. Era esta una depresión profunda bordeada de totorales y que recogía las aguas superficiales para llevarlas en suave declive hasta el torrente de Arroyo del Medio.

A ambos lados del curso de agua, y a pocas leguas de distancia entre sí, los diferentes cuerpos expedicionarios comenzaban el reconocimiento del terreno y la ponderación de las fuerzas rivales. Ya se conocía, desde el 8 de enero, la insurrección en Arequito del Ejército del Alto Perú y los designios expresados por su comandante, el recién ascendido general Juan Bautista Bustos, que reafirmaban, ante todo, el levantamiento de sus tropas, la ruptura con el poder central de Buenos Aires y el establecimiento de una paz definitiva.

Todo parece conspirar con las tropas federales: pocos días después del motín de Arequito se produce otro, en las tropas del Regimiento Número 1 de los Andes, acantonado en Mendoza, y lo que es más importante aún, los líderes de esta insurrección son los propios sargentos de la fuerza, en connivencia con los mandos subalternos.

Estos hechos, de enorme importancia a las pretensiones de Ramírez, López y Artigas, debilitan las de Rondeau, al

desguarnecerlo de todo tipo de ayuda procedente del Norte y el Oeste del país y al imprimir en el espíritu de los caudillos federales y en el de sus hombres, la certeza de su invulnerabilidad ante el destino.

Ramírez y López comisionan entonces a Miguel de la Carrera y Verdugo para una propuesta de alianza con las fuerzas cordobesas, en los mismos campos de Bustos. Este, cuyo destino estaría relacionado en forma estrecha al de Ramírez, ofrece a los delegados el espíritu ladino y maquiavélico de que siempre hiciera muestras:

—General —comienza Bustos, que adopta una impenetrabilidad gélida—. Las tropas a mi mando no combatirán en Santa Fe. Las condiciones actuales en nuestra provincia no son las mejores. Debo pensar en mis hombres, con independencia de lo que me dicta el corazón. Sabe usted muy bien, y lo deben saber también el general Ramírez y el brigadier López, que mi razón aspira a la unión de nuestra nación sin distinción de credos ni colores, y de que esta bendita unión debe imponerse sin menoscabo del destino glorioso que aguarda a la provincia de Córdoba. Es por este conjunto de motivos que nuestro lugar, en este momento, y hasta el desembarco de mejores tiempos, esté aquí, y no en el campo de batalla que las tropas federales seguramente habrán de gloriar.

De nada habían servido los encantos de Carrera ante la estolidez de Bustos. Algunos años más tarde, y refiriendo aquel encuentro, el entonces joven comandante de caballería José María Paz escribiría:

Ese arte de ganar a los hombres, ese poder de fascinación que se le atribuía, en grado eminente, no tuvo ni el más pequeño valor.

Se había conseguido, no obstante, la neutralidad de Bustos. Eso era decisivo.

Las cosas marchaban cada vez peor para el gobierno de Buenos Aires. Además del temor expresado ante la pronta incursión de los federales, en la que, a decir de todos, "no quedaría cabeza sin cortar", los pobladores temían la invasión de las fuerzas brasileñas, alentada —según el parecer de fuentes oficiosas— por el propio gobierno.

Este estado de guerra —en el que la sombra de la muerte alcanzaba todos los rincones sin dejar de teñir el ánimo de casi ningún habitante de Buenos Aires y su entorno— complicaba aún más las posibilidades de requisa, adhesión y lealtad para las fuerzas de Rondeau.

Los hombres comandados por Ramírez, López y Campbell —lugarteniente irlandés de Artigas— son casi 1.600, casi todos del cuerpo de caballería. Los de Rondeau, 2.000, divididos en cuerpos de infantería, artillería y caballería. De estos últimos se destacan los temidos Dragones de la Patria; de los de artillería, el Batallón de Aguerridos de Buenos Aires comandados por Mariano Benito Rolón, y cuya primera víctima notoria habría de ser el capitán Juan José Salvadores, hermano de aquel Pedro Salvadores que Jorge Luis Borges inmortalizaría más de un siglo después en su libro *Elogio de la sombra.*

Hay escaramuzas hasta la madrugada del 31. Sobre la línea del Arroyo del Medio se comienzan a disponer los hombres de Ramírez. Transcurre un día infernal en la espera interminable. Hacia la medianoche, Ramírez advierte el movimiento de los hombres enemigos. Decide actuar: en una arremetida de sus montoneros pone en fuga a parte de la caballada de los porteños. Rondeau dispone a sus hombres en

un semicírculo cuyos extremos son los cuerpos de artillería y caballería. La infantería de línea, comandada por Juan Ramón Balcarce se ubica en el centro y, a sus espaldas, las carretas con las vituallas. Ramírez —guiado por el genio de Carrera—, comienza por atacar los flancos y la retaguardia de las tropas de Rondeau el primero de febrero. Pocos minutos después de las ocho, bandea la enseña federal. Es la señal. Los alaridos y voces descompuestas —según la expresión utilizada por Rondeau en su parte— preceden a la montonera. La batalla no dura diez minutos. Los infantes y la caballería porteña huyen en dirección al Sur, mientras Balcarce —*valiente, proclamista y activo,* al decir de Mitre— ordena la retirada de sus tropas hacia la localidad de San Nicolás. El mismo Ramírez, en una comunicación enviada a López Jordán, confunde los hechos y menciona la muerte del bravo general. Algunos meses después de la batalla ganada por las fuerzas federales, y en perfecto acuerdo con el espíritu sombrío que ganaba el ánimo de los porteños, un comerciante y proveedor del ejército de Belgrano, José Celedonio Balbín escribiría:

En el patio de la posta donde paré, me encontré de 18 a 22 cadáveres en esqueleto tirados al pie de un árbol, pues los muchos cerdos y millares de ratones que había en la casa se habían mantenido y se mantenían aún con los restos; al ver yo aquel espectáculo tan horroroso fui al cuarto del maestro de posta, al que encontré en cama enfermo de asma; le pedí mandase a sus peones que hicieran una zanja y enterrasen aquellos restos, y me contestó: “No *haré tal cosa, me recreo en verlos, son porteños”.*

XXVI

Pocos días después de Cepeda, una lluvia aluvial sumergió los contornos del campamento federal. El cielo se había convertido en un gigantesco tapiz grisáceo atravesado por la nervadura flamígera de los rayos. Los aislados árboles esqueléticos elevaban al cielo la muda súplica de sus ramas mientras la oficialidad de Ramírez y López abreviaba su tedio con el naipe y la taba. Desde los corrales llegaba el relincho aquiescente de la enorme caballada robada a los porteños. En un rancho requisado a sus dueños, y eludiendo las enormes goteras del techo, Ramírez y López mateaban. El entrerriano tenía las botas empapadas y se había desprendido de su casaca punzó. Llevaba calzado un chambergo de vicuña y un poncho raído que exhibía como emblema de pobreza voluntaria. Sobre la única mesa del lugar descansaba el sable. En una silla vecina de poca altura estaba sentado López. A diferencia de Ramírez, nunca abandonaba los emblemas de su rango y casi nunca se cubría a poncho. Tenía la cabeza descubierta y tosía un resfrío de cuatro días. Miguel de la Carrera redactaba el borrador del parte de guerra sentado en un catre de la tapera. Un sargento alargaba la pava de bronce. López bromeaba con Ramírez:

—Abandone ese poncho, general. Huele como toda la perrada de esta provincia.

Ramírez sonrió y contestó:

—Con el perro que nos tenemos que entender es con Bustos. El chasque que nos informa de la fortuna de Balcarce cambia nuestro estado de cosas. Una mano de ese terco Bustos nos permitiría ajustar el cepo a los porteños y someterlos a nuestras voluntades.

—No confío en ese hombre. Su secretario —López miró a Miguel de la Carrera—, lo sabe mejor que nosotros.

—Es un traidor —contestó el chileno dejando la pluma en el tintero—. Tengan cuidado con él.

—Con el que vamos a tener que vérnosla es con Artigas —contestó Ramírez—. No sabemos cómo sobrelleva la guerra con los portugueses. Tenemos las comunicaciones cortadas y con los porteños no podemos contar. Si Artigas pierde la Banda Oriental, no vamos a cazar chimangos en sus tierras, porque sería nuestra perdición. Es un problema al que no le encuentro salida. El desgraciado va a querer plantar suela en el litoral. Sabe hacerlo.

—Delo por muerto —López pasó el mate al sargento—. Ya lleva cuatro años en su guerra y no puede ganarla. Es cuestión de números, general. Por cada oriental que levante, tiene cuatro portugueses que lo enfrenten. Los porteños tienen razón. Arreglar una paz temporaria con los matungos es el único camino transitable. Una guerra prolongada significa también el fin de nosotros. Seguiremos la conversación mañana, Ramírez —López se puso de pie—. Estoy cansado. Esta lluvia de mierda me quiebra los huesos y me recuerda a mis queridos finados. Quede con Dios.

XXVII

Esa misma noche, retirados López, Miguel de la Carrera y los demás hombres del rancho, Ramírez mandó buscar a la Delfina a la iglesia abandonada que custodiaba las mujeres que acompañaban el tránsito montonero.

La mujer llegó empapada y tiritando hasta el borde del fogón que Ramírez avivaba con brío. Se besaron brevemente. La Delfina buscó el cinto del caudillo. Ramírez le tomó la mano, la besó y le dijo:

—Esta noche no estoy de amores. Le pido su perdón. Quédese conmigo, aquí al lado, así podré correr a los fantasmas.

La Delfina sonrió y preguntó:

—¿Qué fantasmas son esos, mi amor?

—Artigas, ese es mi fantasma.

—Artigas no es un fantasma, general —dijo la Delfina con firmeza—. Está bien vivo y es más que seguro que sano de todo mal. Aleje ese pensamiento.

—No le hablo de eso —Ramírez secaba con su pañuelo las gotas que perlaban la frente de la Delfina—. Usted sabe tan bien como yo que a este combate que libramos a los porteños no podemos sumar una guerra contra los portugueses. Cualquier arreglo que hagamos con los del Directorio contará con la desaprobación de Artigas, si aquel no incluye la prolongación de esa larga guerra. Y no creo, tampoco lo creen

López y Carrera, que Soler y Sarratea se avengan a tal objeto. López mismo da por muerto a Artigas. Ese es mi fantasma, y es bien real. No puedo olvidar el enorme favor que le debo. Tampoco el tamaño de su confianza. No olvide que él me tomó muy mozo a sus servicios.

En la lejanía volvían a tronar los truenos. La lluvia era nuevamente un castigo despiadado sobre el techo deslavado del rancho. Las risas de los montoneros borrachos se interrumpían por injurias indiscernibles en la noche alta. La Delfina se envolvió en una vieja frazada y dijo:

—Él también le debe mucho, mi amor. Es un hombre que no sabe disciplinar las tropas. No, por lo menos, hasta que usted se lo enseñó. Sus hombres andan a las buenas de Dios en sus guerras. Yo lo sé muy bien, no lo olvide. Serví en sus tropas. Sé de lo que hablo.

—Venga para acá, mi bien.

Ramírez elevó su brazo sobre el hombro derecho de la Delfina. Se sentaron en el catre. La noche se deslizó lentamente hacia la aurora. Ramírez miraba el agua escurrirse por cada rendija del rancho. A cada trecho del apisonado, los pequeños charcos reflejaban el fulgor del fogón.

Bien entrada la mañana, con un tiempo del que habían desaparecido las nubes, y en una atmósfera impregnada de bosta anegada, Miguel de la Carrera los encontró dormidos y abrazados bajo la frazada. Los menudos dedos de la Delfina estaban sumergidos en la cabellera del caudillo. El viejo fogón de campaña, apagado.

XXVIII

Durante el mes de marzo del año 1820, en el transcurso de una noche agobiante, y debajo del dosel que coronaba una gran cama de roble en la que dormía con el caudillo, la Delfina tuvo un sueño. Soñó que estaba acostada en una dilatada llanura. Su mirada abarcaba el Occidente y el Oriente. A lo lejos se destacaban dos árboles en el patio de un viejo prostíbulo. A pocos pasos de ella se encontraban dos baguales de crines desmesuradas. Más atrás se destacaban, enormes, las tiendas de campaña de las tropas de Francisco Ramírez. Quiso reincorporarse para ir a la suya, una gran carpa de color naranja, pero no pudo. No alcanzaba a entender por qué uno de los caballos, que era mucho más pequeño ahora, pisaba con sus cascos su pelo, impidiéndole ponerse de pie y partir. Se sorprendió de sus propios cabellos: eran largos y se habían oscurecido hasta un color moro. Comenzó a gritar para espantar al bagual que la tenía prisionera. Miró la cara del animal. Era la del capitán Lucio Norberto Mansilla. Siguió gritando hasta que la mano de Ramírez le acarició la frente para despertarla.

El caudillo la miró a la oscuridad lunar de la habitación. La Delfina lloraba quedamente. No duró demasiado: Ramírez la hizo incorporar antes de traerle un vaso de agua y peinar sus largos cabellos.

—Era Mansilla —dijo la mujer—. Es el traidor. Cuídese de

él, general. Creo que el otro bagual que me pisaba era López.

—Son solo sueños, María Delfina —contestó Ramírez en la penumbra del dormitorio—. Usted está cansada y la cena fue abundante, por eso la pesadilla. Deje pasar la noche, que queda poco. Los fantasmas desaparecerán con el día.

—No me equivoco en lo que digo. No me gusta su mirada. Tenga cuidado —la voz de la mujer era suplicante—. No me equivoco con mis sueños.

Al cabo de una semana dieron con Mansilla. Ramírez estaba haciendo revista de las tropas en la Bajada de Paraná. La Delfina lo acompañaba. Desde el fondo de los cuerpos de infantería y al trote, apareció el joven capitán porteño.

—General —Mansilla llevó la mano al quepis con un ademán pausado—, las tropas están en un orden conveniente. Mis respetos a usted también, señora.

Ramírez bajó de su alazán tostado. Mansilla hizo lo mismo. La Delfina se alejó después de saludar a los dos hombres.

Faltaban pocos días para que ambos hombres lideraran a sus fuerzas en las acciones punitivas sobre las tropas de Artigas. Mansilla abrazó a Ramírez. Este, incómodo ante tamañas muestras de prodigalidad delante de sus subordinados, le dijo:

—He mandado una nueva comunicación al general Artigas. Es la última. Si vuestra excelencia no hace caso a mis palabras, tendré que embarcarme en una misión contra él. Mi paciencia tiene un límite, y ese hombre lo ha franqueado. Hagamos votos para que desista en sus absurdas resoluciones.

—Artigas no dará marcha atrás —contestó Mansilla mientras buscaba la sombra de un pequeño chivato—. Su vanidad no lo permitirá. El tono infamante de las cartas que se ha atrevido enviar a usted es una muestra de sus desatinos. Lo pagará caro: exhibiremos su cabeza en una pica de la casa

matriz. Solamente de esta manera sabrán los necios, y aquellos que no lo son tanto, el destino que aguarda a los renegados.

—Dejemos el tiempo transcurrir, capitán —Ramírez tomó por el hombro a Mansilla—. Artigas está perdido. Picota, cárcel o el exilio son su futuro. Prepare a los hombres de sus tropas. Nos esperan días duros.

XXIX

A principios de junio del mismo año, y pocos días antes de la victoria sobre Artigas en las proximidades de las Tunas, Ramírez volvió a recibir a Mansilla. Era una siesta ventosa en suelo entrerriano y Ramírez estaba recostado en una otomana. Mansilla acercó una pequeña silla a pocos centímetros de las piernas del caudillo. La dorada cabellera del entrerriano descansaba en una pequeña almohada celeste. Ramírez ordenó la salida de los dos lanceros que lo custodiaban. Sobre la mesa más próxima descansaba una botella de vino sanjuanino. Ramírez dijo a Mansilla:

—Acérquese la botella, capitán. Del bargueño saque dos vasos. Empinemos el vinito.

Cuando Mansilla, sonriendo, volvió a su silla, Ramírez ya estaba levantado. Nunca recibía a sus oficiales sino estando de pie, porque pensaba que solamente de esa manera podía materializar un doble acto que honraba su propia importancia y dignificaba la de su interlocutor. Tomando el primer trago, dijo:

—Tengo que confesarle que cargar con el peso del destino de Artigas no es agradable. Le debo muchas cosas, pero no puedo dejar pasar por alto su ingratitud y su enorme sed de dominio. Me acusa por la Convención del Pilar. Debería saber mejor que ninguno, que el único camino posible para salvar nuestro cuero y el de él mismo, es el pacto con los porteños.

A los porteños no les interesan los portugueses. Eso les interesa a los orientales y a los mismos portugueses. Me acusa de haber abandonado las ideas de los Pueblos Libres. Los pueblos pueden ser libres si las pretensiones encuentran el cauce adecuado.

Una guerra con los portugueses significaría nuestro fin, como ya significó el del mismo Artigas. El pequeño cauce de nuestras pretensiones llegaría al enorme océano de las desgracias si por un momento cediera yo a sus absurdas intenciones. Veo que lo aburro, capitán —Ramírez palmeó el hombro de Mansilla—. Eso ya es de viejo, y me preocupa, pero usted es un buen cañadón que me devuelve el eco. Disculpe mis insistencias.

Mansilla, incómodo y agradecido por las prodigalidades verbales de Ramírez, contestó:

—Estoy a sus órdenes, general, y le agradezco fervientemente la confianza. El tiempo no es problema entre los dos. Se escurre en forma grata con sus palabras.

—Le decía —continuó Ramírez—, que tengo un gran peso sobre mis espaldas con el destino de Artigas. No quisiera que fuese muerto en guerra, y mucho menos tener que fusilarlo. Espero que esté en real cordura para pedir exilio a Rodríguez de Francia. Y deseo fervientemente que el tiempo lo ayude a comprender las verdaderas necesidades de la hora, tan lejanas a esta guerra fratricida en la que por su real impericia nos vemos involucrados.

El resto de la conversación fue distendida. Hablaron de caballos y de tropas. Sobre el final de la tarde, Ramírez pulsó la guitarra. Un moreno de apellido Olivera les pasaba los vasos. Seis hombres más completaban la escena. Sobre el monte declinaba la tarde. En un árbol perdido cantó el benteveo. Ninguno de los presentes habría de escucharlo.

XXX

El 28 de julio amaneció tormentoso en las cercanías de Esquina, Corrientes. La enorme caballada de las tropas de Ricardo López Jordán olfateaba el viento humedecido desprendido de las enormes tierras interiores y el olor inmisericorde de la carne recién matada de yeguarizo. Sobre el agua barrosa e inmemorial del Paraná, dos canoas tripuladas por tres sargentos y cuatro cabos de la tropa de Francisco Siti recorrían los últimos metros de la exploración nocturna. Habían salido la noche anterior en busca de rezagados de las tropas de Artigas.

Las conocían muy bien: todos ellos habían revistado en ellas hacía unas pocas semanas. Sobre la barranca más alta de la ribera aguardaba López Jordán. Llevaba calzada una camisa de bramante sobre un chiripá de bayeta de color punzó, y como emblema de su rango, un tricornio francés encontrado entre los saldos de un vendedor ambulante que había conocido en Concepción del Uruguay en un tiempo del que apenas guardaba memoria. No era bueno el presente, a pesar de las continuadas victorias sobre las tropas de Artigas en las tierras de Entre Ríos, Misiones y Corrientes; no por lo menos para el juicio de López Jordán, que, en cada una de las acciones, incluso las victoriosas, veía el punto de fuga del desastre presente. Unas pocas semanas antes del amanecer ribereño había tenido un intercambio de opiniones con

Ramírez, en el que le había dicho:

—No veo bien nuestro futuro, Francisco. No podemos luchar contra el mundo: Artigas, los porteños, los cordobeses, ese traidor de López.

—No digas eso, Ricardo —interrumpió Ramírez—. A López solamente le debemos gratitud. Artigas está casi muerto. Le quedan pocos días. No hay malos augurios, salvo en tu alma.

—A veces quisiera creer eso —contestó López Jordán—, pero mi instinto me dice otra cosa. Artigas puede estar vencido pero otra cosa son los directoriales de la secta. Y con los directoriales está Estanislao López.

—Estemos calmos —Ramírez sonrió antes de palmear a su hermano—, que no ha nacido el tigre capaz de achurar a Francisco Ramírez.

Unas semanas después del diálogo Artigas fue expulsado de la Argentina. Ramírez volvió a sonreír al recibir las buenas nuevas. Se las trajo el mismo López Jordán:

—Ese hombre está en Paraguay. Lo siguieron nueve orientales.

—Comienza un nuevo tiempo para nosotros —dijo Ramírez —. Es hora de regresar al pago.

La noche siguiente tuvo una pesadilla. Soñó que era Prometeo encadenado al monte Cáucaso. La casaca estaba salpicada con sangre. Los chimangos se disputaban su hígado. Todo el horizonte era una deflagración rojiza. Se escuchaban carcajadas a su alrededor. Identificó, en las pausas del dolor perpetuamente renovado, los rostros de Artigas, Bustos y López. Creyó confundirlos con los chimangos. Fue en ese momento que se levantó. A su lado estaban López Jordán y otros hombres. Habían acudido por los gritos del caudillo.

XXXI

Después de la derrota y el exilio de Artigas, Ramírez hizo selección entre los prisioneros. Algunos fueron encarcelados; unos pocos se amancebaron con mujeres correntinas; otros, decidieron dar con sus huesos en Entre Ríos.

El 7 de septiembre, Ramírez mando traer desde una de las celdas al fraile apóstata José Benito Monterroso. El entrerriano, que conocía bien los antecedentes del cura, lo recibió de pie, detrás de un escritorio atiborrado de despachos y oficios.

—Excelencia —saludó Monterroso, antes de aplicar un ruidoso besamanos en la diestra del caudillo—. Gracias por revelar a este humilde servidor la efigie de uno de los principales héroes de la causa americana.

Ramírez sonrió ante la zalamería pontifical del cura, y contestó:

—Déjese de cumplidos —el caudillo hizo una pausa deliberada mientras contemplaba los hábitos harapientos del franciscano—. Lo mandé llamar porque sé que su eminencia es un hombre de mérito, y esos son los hombres que necesito para engrandecer mi nombre.

Monterroso sonrió confuso y respondió:

—Gracias, vuestra excelencia. Pensé que me había mandado llamar para fusilarme.

Ramírez dijo entonces:

—Lo necesito para llevar al día mis papeles y mis asuntos, que cada día están más atrasados. Esto no es un pedido, creo innecesario aclararlo. Es una orden.

El cura, que unos momentos antes había esperado con ánimo estoico el exilio o la muerte, contestó:

—Los designios de usted son los míos. Dígame de qué manera puedo comenzar.

—Traiga sus plumas, si es que todavía las conserva. Debemos redactar el parte de guerra.

Permanecieron juntos algunos meses. Cada amanecer, Monterroso rezaba durante veinte minutos exactos y comenzaba la redacción de los despachos y bandos y una historia del caudillo que sería abortada casi en sus comienzos por la muerte del caudillo.

Lector de novelas epistolares francesas, y teólogo avezado, había mandado grabar en las tapas de todos sus libros —y en los costados del arcón trashumante que lo acompañaba en su vida itinerante— la Cruz de los Caballeros de Malta junto a la sentencia latina presente en el Libro de los Proverbios: *Initium Sapientiae Timor Domini.*

Su espalda, martirizada por la disciplina y el cilicio, sería la manifestación visible a tal precepto.

XXXII

Norberta Calvento comenzaría a escuchar el nombre de la Delfina a comienzos del año 1821.

En un primer momento pensó que estaba siendo objeto de una broma, a tal punto le parecieron ridículos el nombre y la procedencia de la supuesta usurpadora. Solamente dijo, con el semblante grave que acompañaba cada una de sus intervenciones:

—Es imposible. Francisco no va a atar su yunta al imperio de una fortinera.

Las amigas presentes callaron y no volvieron a hablar del tema. El particular tono elevado y distante del carácter de la engañada impedía cualquier tipo de burla y producía una compasión que aumentaba en razón proporcional al tiempo transcurrido desde la revelación de la afrenta.

De muy diferente naturaleza era el sentimiento experimentado por Calvento padre. Si bien era hombre, y sabía y autorizaba la presencia de "queridas" en la vida de un militar, esta vez la cosa era diferente: era su hija la que sufría, y no una representación abstracta de la mujer. Hacia ella serían dirigidas las miradas de compasión de todo el pueblo, y el honor de la familia quedaba mancillado. El odio y el menosprecio eran inmensos, pero las conveniencias también: debería aclarar muy bien este incordio en el espíritu de su amada hija.

Una tarde calurosa de abril, Norberta fue llamada por uno de los sirvientes de la casa a la presencia de su padre. Calvento la esperó en la biblioteca familiar mientras simulaba leer —con gesto grave y comedido— una de esas novelas epistolares que su hija amaba más que a casi todas las cosas, y solamente dejó los quevedos sobre el escritorio de roble cuando Norberta entró.

—Hija —comenzó Calvento—. Han llegado a mis oídos noticias poco auspiciosas. Se comenta en el pueblo, y es probable que esto haya llegado también hasta ti, que tu prometido tiene una querida —Calvento hizo una pausa deliberada—. Nada puedo decir de la verdad o la mentira de esa afirmación, pero debes saber que la vida de un general de la patria está muy lejos de ser fácil. Los rigores y los sinsabores pueden arrojar a un hombre apuesto e inteligente como Ramírez a entretenimientos e inclinaciones que contarán con la reprobación de muchos y el beneplácito de unos pocos. Eso lo debes saber, a pesar de tu juventud y tu inocencia. Queda en ti —continuó— la aceptación de este destino y esta vida. Como hombre maduro y sensato que soy, solo puedo pedirte prudencia y lealtad. No vayas a creer, ni por un minuto, que una mujer cualquiera encontrará lugar en el corazón de Ramírez. Para eso se necesitan muchas prendas, y creo, humildemente, que solamente tu persona las reúne a todas. Escucha tu corazón, por supuesto —Calvento miró firmemente a su hija—, pero no dejes de escuchar el consejo de la experiencia. Los hombres, muchas veces, cometemos desvaríos que no están necesariamente relacionados con la familia y el amor. Como buena lectora de novelas, sabes que eso sucede a menudo, y no por eso se ha derribado el mundo. De manera tal que, hija mía, deja al infortunio correr y toma el gobierno de tu vida.

Norberta no contestó nada al principio. Su mirada recorría las librerías con gesto distraído. Al cabo de un momento miró la parte baja del rostro de su padre, como acostumbraba a hacer cada vez que hablaba, y dijo con resolución:

—Por supuesto no creo esas infamias. Francisco no es hombre de alternar con rameras, perdone usted padre, este término, y conoce el decoro. Estoy bien informada de sus intenciones y sé mirar su corazón. No hay de qué hablar, padre, haremos oídos sordos a la malevolencia de la gente. Dios es testigo de mi amor y de la constancia de mi amado. Es todo lo que tengo para decir.

—Lo agradezco, Norberta —contestó el padre, sinceramente aliviado.

Durante el resto de la conversación el nombre de Ramírez estuvo absolutamente ausente. Eran mucho más urgentes el arreglo de las goteras del dormitorio principal de la casa y algunos pequeños ajustes en la economía familiar. De eso fue de lo que hablaron. Los Calvento no dejaron de comentar el último recibo de dos novelas españolas, fijando para la semana entrante la lectura familiar y en voz alta de una de ellas.

La tranquilidad había retornado al ánimo atormentado de la pobre Norberta. Esa noche pensó, complacida, que nadie como su padre podía conocer mejor los fantasmas que la apenaban y señalarle con sabio juicio el justo camino que habría de alejarla del mal influjo de los mismos.

XXXIII

El 4 de abril de 1821, Ramírez comenzó a organizar la segunda invasión a Buenos Aires. La idea había comenzado a gestarse hacia finales del año anterior, después de la derrota de Artigas en las proximidades de Las Tunas. Era una tarde calurosa de octubre y en medio de una pausa en la redacción de los Reglamentos, Ramírez había concentrado en su despacho a Gregorio Piris, López Jordán y Mansilla. Uno de los custodios afilaba una lanza tacuara en las proximidades de una de las ventanas. Los cuatro oficiales estaban de pie. Ramírez habló:

—Es momento de acción. El Tratado de Pilar es desoído permanentemente y, para colmo de males, López recibe las dádivas del poder central. Vos, Mansilla, empezá a planear el ataque por Santa Fe. De los pertrechos y las armas se ocuparán ustedes dos —Ramírez miró fijamente a Piris y López Jordán—. Trataré de convencer a López para que nos acompañe. Necesitamos su provincia para invadir a los porteños. Veremos qué hacemos con Miguel de la Carrera. Nos puede traer problemas, pero es un hombre necesario. Mandaremos un chasque dándole las buenas nuevas.

Para abril del 1821, las acciones de guerra estaban encaminadas: las fuerzas navales contaban con lanchones artillados; los contingentes terrestres, organizados en tres divisiones de caballería al mando de Ramírez, Piris y Anacleto

Medina sumaban 1.767 hombres curtidos en el arte de la montonera. López Jordán, Mansilla y Romualdo García quedarían al frente de las tropas de retaguardia en la misma Paraná, esperando el embarque en la flotilla de Manuel de Monteverde. La orden terminante de Ramírez a Mansilla fue:

—El éxito de nuestra misión depende de los artilleros, y de los infantes a su mando. Yo andaré por el sur de Santa Fe. Usted sojuzgue a los santafesinos en la misma capital.

Estanislao López, cuya voluntad no pudo ser doblegada por los deseos de Ramírez, aguarda pacientemente en Santa Fe las embestidas del entrerriano. Bustos espera en Córdoba, a muchas leguas del teatro de operaciones. Su problema no es Ramírez. Su problema es Miguel de la Carrera y Verdugo, que con una tropa desordenada de chilenos y puntanos azota la provincia central en un raid imprevisible y sangriento. El tercer vértice del triángulo hostil a Ramírez, el gobernador Martín Rodríguez, ordena el avance por tierra y agua a los coroneles Lamadrid y Zapiola. Él esperará en la villa de Luján con las fuerzas de retaguardia.

Ramírez ordena el inicio de las acciones a su lugarteniente Medina. Los 237 hombres de su división invaden Santa Fe a la altura de Coronda y roban la caballada destinada al abastecimiento de los porteños.

Unos días después Ramírez enfrenta y vence al general Lamadrid en Barrancas del Espinillo. Todo parece sonreír al Supremo, que, al borde de las barrancas, y de espaldas al río, arenga a sus tropas. Durante el mes de mayo logrará otras victorias en suelo santafesino. Serán las últimas. El 13, en un atardecer final de cenizas funerarias, Mansilla desiste en su intento de tomar la capital provinciana. Embarca a sus 1.200 hombres, dejando a la buena de Dios la suerte de Francisco Ramírez.

XXXIV

El chasque que informaba la inacción del capitán porteño frente a las tropas atrincheradas en la ciudad de Santa Fe le pareció a Ramírez un mensaje enviado desde el mismo Infierno por un Satanás exultante y ladino.

Era una tarde ventosa en suelo santafecino. Ramírez reunió a sus oficiales y les dijo:

—Quedamos en mano de Dios. Mansilla ha desembarcado en Santa Fe, pero no ha tomado la ciudad. Tendremos que tener fortuna para sortear la acción de la escuadra enemiga. Sin el auxilio de nuestros navíos estamos perdidos. Necesito una hora para tomar una decisión. Los volveré a llamar entonces.

Entre los oficiales se encontraba la Delfina. Acompañó a Ramírez hasta la sombra de unos arbustos. El caudillo fumó un cigarro y acarició la mano de su querida. Fijos los ojos azules en la distancia, como acostumbraba hacerlo en los tiempos difíciles, dijo:

—Creo haber llegado al final. No me rendiré, y aunque lo hiciera, me trozarían como a chancho en Domingo Santo. Ordenaré que la embarquen esta misma noche.

—Qué me dice, amor. No hay otro lugar en el mundo que junto a usted. Mire la hiedra parásita en aquel árbol. —La Delfina besó a Ramírez en los labios—. Eso somos nosotros. Sin el árbol, la hiedra muere.

La Defina no embarcaría nunca. Esa misma noche se amarían por última vez. Antes de abandonar Santa Fe para adentrarse en suelo cordobés, Ramírez habría de ordenar a uno de sus subalternos más cercanos:

—Cuide a esa mujer como si fuera su hija. No permita que nadie la deshonre. Si yo fuese muerto, regrésela a nuestra tierra. Es mi última voluntad.

XXXV

Amada Delfina:

Sus prevenciones en relación a Mansilla resultaron todo lo acertadas que podrían haber sido. Ni por un momento hubiese esperado una traición que ofende a su ejecutor y desguarnece al ofendido. Los planes que pensé certeros se convierten ahora en una mueca trágica que me deshonra y avergüenza. El límite de mis fuerzas es por primera vez algo visible y real; la peor de las pesadillas posibles. Lamento mucho que usted, habiendo dado tanto, se encuentre en una posición peligrosa. Es algo que no perdono a mi espíritu, y espero que Usted, con esa benevolencia de que tantas veces dio muestras, sepa disculpar el error de no haber escuchado sus consejos.

Quisiera, si en tal caso sucediese, que mi muerte no permita desgracias aún mayores. Que se me conceda sepultura, sin honores ni fastos. Todos sabemos muy bien que no somos merecedores de tales homenajes. En cuanto a Usted, mi querida amada, pido su perdón si en algo la hubiese ofendido. Su lealtad fue dulce y sincera en estos dos años. Sé que he pecado por acción y omisión en muchas ocasiones. Mi corazón ha traicionado; hubiese querido otro temperamento para darle descanso y calma.

En varias ocasiones le hablé de mi prometida Norberta. Lamento también no haber correspondido a su amor y lealtad.

En los designios de Dios mora el perdón. Espero que Él alivie mi

carga.

Dejo en su poder una carta escrita a Norberta Calvento; espero la haga llegar, si el destino obra desafortunadamente.

Escribo estas palabras mientras Usted duerme a mi lado. De esa manera puedo expresar algo de lo que me atribula, y un poco, muy poco, de lo que le debo.

Suyo.

XXXVI

Querida Norberta

Escribo estas palabras en un momento severo de mi acción de guerra. Mis tropas enfrentan la desolación de la derrota. Si en tal trance perdiese mi vida, quiero que sepa que nunca olvidé el amor que me tributó y del que fui un desagradecido deudor. Mis saludos a toda la familia. Cuide su hermosa persona. Que Dios y la Virgen la protejan siempre.

XXXVII

Francisco Ramírez y José Miguel de la Carrera y Verdugo se verían por última vez en junio de 1821. Carrera había llegado con casi 700 hombres a Paso de Ferreira, sobre la margen izquierda del río Tercero, después de haber devastado todos los poblados ubicados entre el río Cuarto y el Tercero y de haber sitiado la capital cordobesa.

Debajo del toldo principal de cuero de yeguarizo aguardaba Ramírez. Carrera avanzó resueltamente hacia el caudillo. Ramírez olió la discordia en el aire, pero abrazó a su amigo.

Carrera habló:

—General, sean dichosos los dioses que me permiten volver a verlo en estas tierras del demonio. Sea también dichoso el destino que anuda las sogas que nunca debieran desatarse, y que preserva la salud de los hombres que nos resultan caros.

Ramírez se impacientó:

—Miguel, dejemos los discursos. El tiempo es oro. El traidor de Bustos es parco, y nosotros debiéramos serlo más. Tengo un plan que puede cambiar la suerte de nuestras tropas y nuestro propio destino. Es de eso de lo que tenemos que hablar.

—Usted bien lo dice: tenemos que hablar. Qué sería de nuestra vida sin el auxilio de las palabras. Ya ve, me ciño a mis preceptos.

Carrera buscó el pequeño taburete situado frente al catre de

Ramírez y dejándose caer pesadamente, pidió a uno de sus comandantes que obsequiase al caudillo los vinos sanjuaninos que acompañaban a la tropa desde San Luis.

—La situación es desesperada, Miguel —Ramírez se acercó al taburete—. No podemos atacar la capital porque carecemos de infantería. Podríamos sitiarla, hacer un entretenimiento, pero esto correría en contra nuestra debido al tiempo que otorgaríamos al avance de las tropas enemigas. Nuestra única salida, me lo dicen mis años y mi sangre, es ganar Corrientes y poder llegar a mis tierras.

—"Me lo dicen mis años y mi sangre". Ya ve, querido general, las palabras son todo. Sin el auxilio que nos prestan las mismas, ¿dónde quedarían nuestras intenciones y nuestros planes? —Carrera abandonó la sonrisa con la que acompañó la última frase, se paró y dijo—: No estoy de acuerdo con su idea de escapar hacia Corrientes. Demostraríamos nuestra debilidad, y Entre Ríos no puede aportarle más hombres. Es muy diferente mi situación en el Oeste. Puedo tener un poder de recluta importante, y podríamos acrecer al doble el tamaño de nuestras fuerzas. Cuyo es una tierra de promisión —continuó Carrera, sin sospechar el terrible fin que le esperaba en ella— capaz de recomponer las heridas que nos afligen y de actuar como bastión frente a cualquier fuerza que pretendiese disputárnosla. Además, a nuestras espaldas tendríamos los Andes, y en eso sí, ninguna tropa porteña tendría imperio sobre nosotros.

Ramírez, a quien, a decir verdad, la verborragia de Carrera comenzaba a molestar de una manera cada vez más creciente, contestó:

—No creo que sea conveniente lo que propone. Cuyo está demasiado alejado del campo de operaciones de nuestras pretensiones y perderíamos todo vínculo con los hombres que

podrían llegar a auxiliarnos. Es mejor en todo caso apoderarnos de Córdoba e intentar, con la ayuda de los hombres de Ibarra en Santiago del Estero, hacernos con el poder en este centro del país para de ahí poder irradiar sobre el Este y el Oeste. Esta es mi decisión, general, y espero encuentre calurosa acogida en su pecho.

—Lo discutiré con mis comandantes —respondió Carrera—, pero usted mismo acaba de decir que no podríamos tomar la capital. ¿Cómo haríamos para hacernos con toda la provincia?

—Podríamos atacar a Bustos en Cruz Alta, donde según mis hombres se están parapetando los Batallones de Infantes que comanda. Humillándolos, el general Cruz tendría dura resolución con respecto a la continuación del combate.

—Deme diez horas —Carrera se levantó del taburete y abrazó a Ramírez—. Mañana a primera hora tendrá mi respuesta.

Ramírez no durmió en toda la noche. Que Carrera, a quien él había acogido y protegido, se permitiese dudar de su capacidad militar lo mortificaba tanto o más que las traiciones de López y Bustos. Pensó: esta es la moneda o limosna que recibo por mi generosidad. Moneda falsa, por supuesto, que por sus dos lados lleva grabados la harpía y la furia. Carrera debería ser fusilado por su insolencia.

Al filo de la mañana Ramírez debería cambiar penas por alegrías: Carrera y sus comandantes acompañarían al caudillo en su partida contra las tropas de Bustos acantonadas en Cruz Alta.

Carrera sería honesto en su propuesta a Ramírez:

—General: mis hombres secundarán nuestro intento contra las tropas de Bustos. Ni qué decirle tengo, de que en tal decisión he tomado parte, y mi suerte será la de mis hombres.

Si vencemos permaneceremos con usted. De ser derrotados, nos esperan nuestros pueblos. Es una decisión tomada. Espero que Dios nos ilumine en nuestra empresa, y de no ser así, quedo con el tremendo honor de haber combatido a su lado y de haber compartido las acciones de la revolución con uno de los más insignes hombres de la libertad americana.

Las tropas de Ramírez y Carrera fracasarían en su ataque a Cruz Alta. Un enemigo bien pertrechado, con abastecimiento seguro y con una artillería despiadada, detendría la carga de los "bravos" de caballería de los dos generales. Aquella misma tarde —en medio de promesas de lealtad y deseos de buena suerte, y en las proximidades de Fraile Muerto— separarían sus destinos. Carrera volvería al Oeste. Ramírez intentaría ganar el Norte. La suerte, como el duro astrágalo de la taba, comenzaba a serles esquiva. Ambos serían muertos al cabo de pocas semanas —el mismo Carrera sería traicionado y entregado por sus subordinados—, y sus restos, sometidos a la impiedad de los hombres y la indiferencia de la Naturaleza, establecerían mojones sangrientos en la castigada geografía de la patria.

XXXVIII

Algunos lo llamaban “el soberbio”. Hasta el último día de su vida, en el que habría de ser supliciado antes de ser muerto y descuartizado, sintió como un insulto el apelativo. Analfabeto, solía decir a Gerónimo Machado, su secretario y compañero hasta la muerte:

—Me dicen diablo. Eso es cosa del coronel Arredondo, que siempre me tuvo en la mira y me tiraba mentiras. Por suerte de mi lado tuve al general, que me defendía de los infundios como a un hermano.

Machado sonreía: las defensas de Anacleto Medina lo enternecían, y miraba al viejo y desgastado coronel de Dragones con el aire complaciente y afectuoso que se adopta con un hermano.

Su respuesta no tardaba en llegar, a tal punto era siempre la misma y casi sin matices:

—Lo sabemos, coronel, lo sabemos. Ser soberbio no es ninguna desgracia, casi todos lo somos.

Medina largaba la carcajada y golpeaba con su callosa y enorme mano el muslo de Machado. El mate seguía circulando entre los dos mientras las sombras iban ganando la tarde del campo santiagueño: primero los pastos y el suelo revuelto por los cascos; después, los pequeños espinillos, como ese viejo vinal que el coronel amaba tanto, y, por último, los grandes quebrachos —inmensos, elevaciones

pétreas— que culminaban el dosel del monte.

—Cuente, coronel, cuente la última batalla de Ramírez — Machado sabía muy bien que el coronel era una especie de niño en el placer de la repetición, y se preparaba a escuchar el viejo relato que el coronel repetía hasta el hartazgo en las soledades de los últimos años, años que habrían de ser tan desgraciados por esa ceguera del diablo que le cegaba los caminos, y hasta el estado de su rostro.

—Ya le dije a usted —comenzaba el coronel fijando en la última luz el blanco grisáceo de sus ojos exánimes—: había un paraje llamado San Francisco. Hicimos noche en ese lugar. A la mañana, temprano, se nos vino una división fuerte, pero la cargamos y la echamos para el palmar. Yo tenía menos de sesenta hombres. El general estaba lejos. Se nos vinieron tres escuadrones. Salieron del palmar dos divisiones que persiguieron al general. No lo volví a ver. Yo me retiré con mis hombres a un algarrobal donde perdimos a la partida que nos seguía. Al rato nomás, un soldado de su escolta viene y me dice: "A nuestro general lo han muerto. Intentó salvar a la coronela Delfina. Póngase a la cabeza de la fuerza". No quedaban ni sesenta de los míos. Los del piquete que acompañaba al general contaron que en la carga que les hizo a los que perseguían a la Delfina, caída del caballo, fue herido en una descarga.

Medina calló. El enorme hecho que había arrebatado a su jefe lo atravesaba como una lanza pampa que lo seguía hiriendo a pesar de los años transcurridos. Como siempre que contaba la historia, dirigía los ojos hacia poniente, y esperaba que la noche absoluta que comenzaba a cercarlo —una noche que para él había comenzado hacía más de cincuenta años, con la muerte de su general—, llegara de una vez por todas y para siempre.

XXXIX

Las cosas habían sucedido como las relatara Anacleto Medina.

Tratando de ganar el Norte, los hombres de Ramírez se dirigen hacia Santiago del Estero. En las proximidades de Villa María del Río Seco, a pocas leguas de San Francisco del Chañar, las divisiones de Francisco de Bedoya aguardan expectantes. Sus hombres saben muy bien que el exterminio de la pequeña columna es cuestión de horas, hasta tanto alcanza su soberbio conocimiento del terreno y la valoración de sus fuerzas. El mismo Bedoya presume de su astucia:

—Estos hombres serán muertos. Están como el carancho dando vueltas porque se saben perdidos. Hay que arriarlos para estos lados. Después es cosa fácil.

No había alharaca en las palabras de Bedoya. Ninguno conocía las singularidades del lugar ni las posibilidades de aniquilación mejor que él mismo. Cuatro años antes había comandado una partida de grandes proporciones en dirección al Chaco para una misión punitiva, y esa comandancia le habría de ser otorgada por su extraordinario empirismo y su sentido de las posibilidades.

A la vanguardia de sus hombres, constituyendo la punta de lanza, y oficiando como venteadores y baqueanos, van los "caris del Río Seco", aquellos a los que Leopoldo Lugones —su coterráneo y casi 80 años después— encumbraría al

parnaso literario en su obra *Los Romances del Río Seco*. Un poco más atrás, y comandado por el teniente de Dragones José Maldonado, avanza un grupo de 147 hombres. Las crenchas de los soldados están blanqueadas por el polvo que desprenden las cabalgaduras. Llevan tercerolas en bandolera, carabinas y facones caroneros de limeta de hierro.

Ramírez se aproxima al Río Seco. El caudillo presiente su fin. Ordena a Anacleto Medina:

—Lleve a la Delfina adelante. Vamos a hacer una distracción a los hombres que nos siguen —el azul de los ojos de Ramírez es un topacio que refulge en medio del rostro curtido por el sol—. Trate de ganar el Chaco y que Dios sea con ustedes.

—General —avanza Medina—, nuestro lugar está con usted. El coronel Medina, la coronela Delfina, y sus hombres, no conocen otro.

Ramírez avanza con su alazán hasta el moro de Medina, le tiende la mano, y grita:

—¡Nos vamos! ¡En aquel palmar nos esperan esos desgraciados!

El grupo cabalga hacia un terreno bajo de palmera blanca. La última luz de la tarde recorta las figuras de los hombres de Ramírez. Pocos habrán de sobrevivir. El resto será ultimado por los Dragones de José Maldonado —hombres superiores en número y armamento— apenas despunte el alba.

Ramírez morirá de un tiro en la espalda después de haber rescatado a la Delfina, caída en el fragor del galope guerrero. Uno de los soldados de Maldonado —desertor santiagueño de las tropas de “El Supremo”— será el encargado de reconocer los restos del entrerriano.

Desmontan seis hombres. Maldonado ordena:

—Pedraza, corte la cabeza. La presa debe llegar intacta a

Santa Fe.

El soldado afila su cuchillo en los pastos, y casi maternalmente, como si arrullara a un niño dormido, recuesta el cuerpo del caudillo sobre el regazo. La mano peina la radiante cabellera de Ramírez. Lo que viene después, es cosa sencilla.

El cuerpo no importa. Desvestido de sus prendas, y desnudo, se arroja a una aguada con cortaderas en los bordes.

Los caranchos del palmar, expectantes, sabrán culminar la faena.

XL

La cabeza de Ramírez viajó hacia Villa María del Río Seco dos horas después del degüello. El mismo Maldonado daría la orden:

—Se la llevan para el poblado. Mañana la enviamos hacia Santa Fe.

En un alero oscuro, tres hombres de las fuerzas cordobesas confeccionaban un retobo de piel de carnero para la cabeza del caudillo. Maldonado observaba los ojos todavía intactos de Ramírez. La mirada de "El Supremo" —sintió oscuramente — estaba dirigida a un mundo que ningún mortal podía conocer. La compasión invadió al duro teniente. Cerró por última vez esos párpados finales, cortó a cuchillo un bucle de la humillada cabeza —que serviría como amuleto y que guardó en uno de los bolsillos de su cinto—, y con paso decidido se dirigió hacia un árbol solitario, donde en un rezo habría de pedir el perdón de sus pecados y ofensas y la salvación del alma del difunto.

XLI

Manuel Rodríguez y Sarmiento era un protomédico respetado. Vestía rigurosa levita de color negro casi todos los días del año, y sobre su tórax expandido y realzado por un gran redingote blanco, exhibía orgulloso el ámbar rosáceo de su papada regordeta. Usaba un corte de pelo al uso franciscano y tenía una mirada de buey manso. Era un excelente taxidermista y un hombre devoto. Siempre repetía:

—Cuando conservo la forma de un pájaro estoy siguiendo un mandato divino. La preservación de la carne es un acto del Señor. Yo soy su intercesor.

A este hombre piadoso habría de ser entregada la cabeza de Ramírez a su arribo a la ciudad de Santa Fe. El pedido expreso formulado por López era *La conservación de esta cabeza para la verdadera instrucción de los traidores*. Rodríguez vaciló en el primer momento. Llegó confuso y aturdido hasta el comedor de su casa y encontró a su esposa, Francisca del Fresno, cabeceando la siesta en la mecedora familiar. Le dijo:

—El brigadier me encarga la conservación de la cabeza del general Ramírez. No sé cómo verá Dios un acto como ese. Consultaré con monseñor cuál es el camino adecuado.

—No pierdas tiempo, Manuel —contestó su esposa—. Eso no es acto de Dios, ni de los hombres. Lo mismo se te dirá en la iglesia.

—No puedo negarme a este ministerio. Ese hombre era

enemigo de nuestra provincia, de nuestros amigos, y de nuestra familia —Rodríguez se sirvió algo de licor en una pequeña copa—. Él hubiera hecho lo mismo con los santafesinos.

En dos días la cabeza estuvo terminada. Deshidratada, hubo que volverle la natural turgencia y restaurar las tiras de piel que habían quedado adheridas al interior del bolsón en el largo traqueteo desde San Francisco del Chañar. El costo total del trabajo fue de 42 pesos. Un herrero cordobés, de apellido Salvatierra, habría de fraguar y modelar la jaula que la custodiaría y la leyenda en hierro que la acompañaba:

Para perpetua memoria y escarmiento de otros que intenten oprimir a los bravos y libres santafesinos.

XLII

Dieciocho años después de la muerte de Ramírez, un pequeño convoy fúnebre atravesaba la calle principal de Concepción del Uruguay. Un monaguillo hacía resonar el tono agudo de la campanilla bajo la mirada severa del clérigo que despediría los restos de la Delfina. Solo cuatro vecinos acompañaban el tránsito del pequeño cajón. Desde algunas ventanas asomaban los rostros curiosos de los pobladores. Algunos rezaban la oración para el buen descanso de la difunta.

Apenas unas horas antes, algunos vecinos compasivos habían colocado el cuerpo —al que asistía una levedad del aire— dentro del féretro. El pelo ya no era largo ni fulgurante, pero un gesto de abandonado descanso embellecía las facciones, que la muerte, en un postrer esfuerzo, matizaría de un blanco azulino.

Sobre el pecho de la Delfina habían colocado un escapulario y un rosario de cuentas. Debajo, el viejo dormán de color rojo irrumpía con un apagado fulgor entre las rosas que una mano piadosa había depositado sobre el pecho de la mujer.

Como un ídolo silencioso e inmóvil, Norberta Calvento observaba la procesión. Había esperado ese momento todos los días de los últimos dieciocho años. Lo había llenado de previsiones, poblándolo con el odio desvaído de jornadas

insípidas y sin sol, y había rezado a cada uno de sus santos intercesores, prometiendo a cambio de sus preces el sacrificio de una vida entregada a la caridad y el ayuno. Era el momento esperado por siempre, que redimiría una existencia monótona de donde había huido hasta la misma noción del amor. Era una tarde anodina de junio de 1839. Norberta se sorprendió: de la visión del paso de la pequeña procesión surgía una débil bruma que difuminaba cada uno de los objetos situados en el semicírculo de su campo visual, haciéndolos parecer preciosos e inofensivos. En el cajón de madera pulsado por cuatro hombres, no iba su enemiga —comprendió en ese momento—, sino una mujer como ella misma, perecedera e inerme. Los humildes acompañantes del cortejo se convertían en cosas sujetas *a natura* y, como la muerta, cercanos al polvo y al olvido. La tarde misma, le recordaba los viejos sermones leídos alguna vez en un libro del *Meister* Eckhart —que su viejo confesor le había regalado durante su fiesta de compromiso— y no la antesala de las sombras nocturnas enemigas del santo reposo.

Miró entonces el antiguo retrato de Ramírez, que le pareció tan viejo como el recuerdo de su amor, cerró la ventana que saludaba a la tarde que moría con el rechinar de sus goznes vencidos, vio a través del vidrio las últimas nubes fugitivas que se perdían para siempre en la sucesión vertiginosa de los días, recogió unos claveles exangües del gran vaso azul que coronaba la mesa principal, y poniéndose una chalina sobre los hombros vencidos, salió a la calle para seguir el cortejo y despedir con un último adiós a la Delfina.

XLIII

Amado Francisco:

Ayer, después de muchos años, pude hacer mi paz con tu recuerdo. No voy a escribir el motivo que me condujo a la misma. Sé muy bien que en el cielo desde donde observas, la comprensión es de suya.

Guardo cada carta que me escribiste. También, ese retrato a lápiz que hice de tu rostro. Quisiera poder tener las fuerzas, algún día, para poder escribir nuestra historia.

Camino cada tanto por los senderos que nos conocieron. Todo está intacto. Así obra Dios con sus obras: así obro yo con tu recuerdo.

Todavía siento las caricias de tus manos. Espero que ellas me reciban el día en que cese mi último aliento.

Norberta Calvento

XLIV

Pocos de los que conocieron a Ramírez sobrevivieron al año 1880.

Bustos murió en 1830; Estanislao López en 1838. Ricardo López Jordán moriría en Paysandú, entre los cuidados de su familia y su servidumbre. Dos días antes del final, mencionó a su hermano en el delirio de las fiebres. “Traeme la taba, Francisco” dijo, mientras miraba la luz de la tarde en el reflejo de los vidrios biselados de su vieja biblioteca. Artigas había sido enterrado en Asunción una tarde plomiza de 1850. La tarde anterior había gritado:

—¡Mi caballo! ¡Tráiganme mi caballo!

Mansilla había llegado al año 1871. Murió en Buenos Aires entre los vómitos negros de la fiebre amarilla. Anacleto Medina sería desollado y descuartizado en las proximidades de Manantiales.

De la muerte de Ramírez habían pasado casi sesenta años y hasta los mismos rasgos del caudillo comenzaban a olvidarse en medio de las mudanzas humanas y la muerte de los que lo conocieron. Ningún hijo lo perpetuaría, y los fragmentos de su vida —al igual que las nubes del cielo después de las tormentas— comenzaban a presentar hiatos cada vez más espaciados y vacíos de todo impulso vital.

Pocos de los hombres que sirvieron bajo sus órdenes habían podido franquear la última decena. Así, aquel sargento de

Dragones, Nicasio Maldonado, que poco antes de morir había entregado su lanza guerrera a su hijo, diciendo:

—Que tu hijo menor la reciba en tu vejez. Que nadie olvide que perteneció a uno de los bravos de Ramírez.

Algunas de las prendas del entrerriano sobrevivirían en los roperos de sus hermanos ancianos: una de las casacas, dos pares de botas, un chiripá de bayeta negra, tres ponchos de alpaca que habían pertenecido a José Miguel de la Carrera y Verdugo; un bastón, dos mazos de naipes.

XLV

Amado Francisco:

Hace pocos días soñé con uno de nuestros paseos. No sé si lo recuerdas. Fue poco después del arribo de un viaje que habías hecho a Santa Fe para entrevistarte con Estanislao López. Llevabas en la mano un ramo de orquídeas. El cielo estaba tormentoso pero calmo; de las riberas próximas se levantaba un vapor que nos envolvía. Me besaste al pie de un pino y dijiste que me veías hermosa. Nos sentamos en el pasto. Leímos abrazados. Recuerdo casi todo. Espero que desde el cielo que habitas, puedas hacerlo también.

Norberta Calvento

XLVI

El 10 de julio de 1921, en Concepción del Uruguay, Albertine Diesbach, una parisina de 33 años, visitó dos tumbas. Pocos días antes había llegado a Entre Ríos. Acostumbrada al incógnito en su vida, ninguno de sus cercanos y conocidos sabía el destino y el cometido de sus viajes. Poco antes de embarcar en Dunkerque, dijo a su hermana Juliette:

—En unos meses estaré con ustedes. Cuida de mamá.

En el trasatlántico *Le Périgord* ocupó un camarote de grandes dimensiones y cama con baldaquino. En las mesas de luz con tapa de mármol depositó tres libros: *Cyrano de Bergerac* de Edmond Rostand, *Les lettres* de Madame de Sévigné y un esbozo biográfico de Francisco Ramírez redactado de manera manuscrita y con mapas referenciales abrochados a la última de las hojas. Las dos primeras obras eran lecturas obligadas de Albertine. La tercera había sido encontrada en una mesa de saldos en la *Place Royale* apenas un año antes. Albertine se sintió atraída por la imagen borrosa y desgastada de la tapa: una mujer pelirroja a la que se mencionaba como La coronela Delfina. Las hojas manuscritas eran 36. La grafía era perfecta y había sido realizada con tinta negra. El esbozo biográfico no tenía nombre de autor. Desde el mismo comienzo de su lectura, Albertine se juró conocer aquella tierra lejana llamada Entre

Ríos. Acostumbrada desde muy joven a la familiaridad con lo exótico y lo peligroso, todos los años comenzaba un viaje de meses que resumía después en una libreta de cuero en gran formato. La libreta contenía impresiones, poemas y fotografías. En su casa de la *Rue d'Assas* guardaba globos terráqueos, mapas de todas las regiones de los continentes, cartapacios atiborrados de antiguas fotografías de viajeros, y libros de historia natural, geología y química. El pelo de Albertine era marrón claro —de una tonalidad cercana a las almendras— y sus ojos, verdes claros. Se ataviaba con los mismos vestidos de Worth que ostentaban la condesa Élizabeth Greffulhe y la actriz Sara Bernhardt. A Paraná había llegado con cuatro valijas de cuero y bronce que guardaban atavíos de viaje: sombreros con que atenuar el calor y la lluvia, casacas y pantalones confeccionados con tela de gro y camperas de color marrón. El lugar elegido para la estadía fue el "Gran Hotel Cransac". Todos los días, de mañana, caminaba en dirección al río y contemplaba las orillas vecinas. Del bolso de mano confeccionado con piel de astracán sacaba la libreta de apuntes, y en un viaje interior que abarcaba el pasado remoto de su vida y el presente más imperioso, extraía sus impresiones con caligrafía precisa y tono distante. A Concepción del Uruguay llegó un atardecer destemplado. Pagó la mejor habitación del "Hotel París". Faltaban todavía cuatro días para el centenario de la muerte del caudillo. En ese intervalo conoció la casa de los Calvento, visitó parajes y lugares próximos señalados en el esbozo biográfico de Ramírez y escribió dos poemas para Norberta y Delfina. El 10 de julio amaneció tormentoso y frío. En el ropero próximo a la cama descansaban los ramos de calas destinados a las dos mujeres. Albertine comenzó entonces el ritual imaginado por meses: de la más grande de las valijas

sacó un vestido negro, buscó de entre todas sus notas aquella dedicada al caudillo, peinó su pelo castaño con trenzas rematadas por tafetán punzó y caminó con paso apresurado al cementerio. El cielo mostraba nubes tormentosas y concentradas; de la Basílica de la Sagrada Concepción llegaba el sonido de las campanas de la misa matutina. Albertine Diesbach apresuró el paso. Los pocos transeúntes de aquella mañana desapacible contemplaron, acaso por primera y última vez en su vida, una mujer de una elegancia ultramarina que recorría con paso firme y decidido las calles de la ciudad. Frente al panteón de los Calvento depositó las ofrendas para Norberta. Comenzaban a caer gotas pesadas desde un cielo cargado de amenazas y urgencias. Albertine caminó unos minutos más en dirección suroeste. En un descampado que hacía las veces de osario del antiguo cementerio, buscó su centro probable. Los restos de la coronela Delfina descansaban ahí mismo, pensó imperativamente. Depositó las ofrendas. Rezó un breve salmo aprendido de niña en el catecismo de la iglesia de Saint-Sulpice. En el cielo del mediodía entrerriano, y sobre un entramado de todos los grises, el sol asomaba entonces, sus primeros rayos.

BÄRENHAUS
EDITORIAL